



EPOCA 3.<sup>a</sup>—AÑO VIII.—TOMO VI.

NÚMERO 33.—Madrid 25 de Mayo de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.  
Un año..... 60 "

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.  
Un año..... 4 "

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIER

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 "  
Un año..... 21 "

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.  
Un año..... 6 "

SUMARIO

RECUERDOS DE ESPAÑA EN AMÉRICA.

TEXTO.—*Advertencia importante*, por Modesto Riera.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica*, por D. Isern.—*Las diversiones públicas* (continuación), por Blas.—*Orígenes de la sociedad de San Vicente de Paul, según los recuerdos de sus primeros miembros* (continuación).—*Bibliografía*, por N.—*Los grabados*.—*Caridad*, cuento (continuación), por Fr. Conrado Muñoz Sáenz.—*El mártir de un secreto* (continuación), por Raúl de Navery.—*Revista de conocimientos útiles*.—*Anuncios*.

GRABADOS.—*Vista exterior de la catedral de Lima en el Perú*.—*Altar de bronce de estilo gótico moderno*, construido por el fabricante catalán D. Francisco Isaura para la iglesia de Comillas, erigida por D. Antonio López.—*Pedro Pablo Rubens*, célebre pintor del siglo XVII.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

**T**IEMPO há que ofrecimos, respondiendo á reiteradas instancias de muchas señoras que nos favorecen con su apoyo y simpatías, publicar una Revista ó suplemento de LA ILUSTRACIÓN, dedicado á los conocimientos y labores de las señoras, que pudiera ser útil para la educación de las niñas y para la economía y buen régimen del hogar doméstico. Por vía de ensayo, y con objeto de obtener todo el beneficio posible en obsequio de nuestras favorecedoras, hemos hecho un contrato con el editor de una Revista dedicada al objeto indicado, mediante el cual nuestras suscriptoras pueden obtener por **dos reales** mensuales *La Riqueza del hogar*, Revista ilus-



FACHADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE LIMA EN EL PERÚ.

trada de labores domésticas, redactada por señoras y sastes de reconocida competencia, y avalorada con grabados interesantísimos, que facilitan extraordinariamente la inteligencia del texto.

En el presente número recibirán nuestros suscritores el prospecto de la edición especial de *La Riqueza del hogar*, dedicada á nuestras suscriptoras, en el cual se indican las demás condiciones de esta Revista, ahorrándonos de mayores pormenores.

Hemos dicho que esta mejora es por ahora un ensayo, pues caso de obtener el favor que esperamos del público, procuraremos darle más amplitud hasta llegar á donde sea posible, dentro del criterio que preside todos nuestros trabajos. Porque LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA no puede aceptar el *periódico de modas* que hoy está en uso, cebo del lujo y de la frivolidad reinante, corruptor de la educación de las jóvenes que aprenden en él los recursos de la vanidad y las artes de la coquetería; pero la ILUSTRACIÓN puede, si las madres cristianas la ayudan, reemplazar á los periódicos de esa clase en lo que pueden tener de lícitos, es decir, en todas las enseñanzas y prácticas relativas á la economía doméstica.

Ayuntamiento de Madrid



*La Riqueza del hogar* no sólo atiende á satisfacer aspiraciones legítimas, sino á procurar un bien altamente moralizador en el seno de las familias. ¿Quién puede calcular los estragos que causa una mala dirección de las tareas domésticas, y los gastos ruinosos que produce el tener que confiarlos todos á sastres y modistas? La mujer cristiana debe atender por sí misma á las labores domésticas, pues la Santísima Virgen le dió ejemplo hilando la lana y tejiendo la tela de la túnica de su Divino Hijo.

Ahora solo nos queda recomendar á nuestros suscritores la propagación del prospecto, debiendo advertir que cada suscriptor puede pedir, sin variar el precio, todos los ejemplares que desee para su familia y sus allegados.

Ojalá que nuestros buenos propósitos se vean coronadas con el mayor fruto, el cual no puede ser otro que el promover la restauración de las buenas costumbres antiguas y las prácticas de la vida cristiana.

MODESTO RIERA.

## REVISTA



UE elogio podemos hacer aquí del señor Menéndez Pelayo que no se haya hecho cien veces y que no haya llegado á oídos de nuestros lectores?

«Niño, pudo arrancar el aplauso y la admiración de sus contemporáneos y de la Europa sabia; á los veintidos años ganar en abierta lid la cátedra de Historia crítica de la literatura española, propia del doctorado en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad central; á los veinticuatro ser llamado á ocupar un sillón en la Real Academia Española, y otro, á los veintiseis, aquí en el Senado clarísimo de la Historia patria.»

En estas frases resumía el Sr. Fernández Guerra el elogio de su apadrinado al tomar éste asiento en la Academia de la Historia, el día 13 del Mayo que finaliza. Y el mismo egregio padrino terminaba así su discurso: «¡Oh, quiera el cielo que la bien ganada alabanza no le maree, ni las honras le induzcan á tenerse por suficiente y á descuidar el estudio solícito, ni la vanidad y soberbia le hinchen, ni le desdore y envilezca la ingratitud! Mucho le ha dado el Sumo Dispensador de altos bienes, y mucho le ha de exigir. Los talentos que recibió tiene que restituirlos doblados. Y doblados los volverá. Para ello hay prestada una fianza segura. Harto sabe, por la divina misericordia, este generoso mancebo, que el título de catedrático del Doctorado, el título de dos veces académico, el de elegantísimo poeta, el de crítico, el de historiador, el de sabio, ninguno de ellos, ni todos juntos, valen cuanto vale el título de hombre de bien. ¡Que pueda siempre, sin extremarse ni avergonzarse, levantar al cielo piadosa la mirada! ¡Que en el supremo día se le pueda llamar como al gran Miguel de Cervantes Saavedra, «insigne y cristiano ingenio de nuestros tiempos;» y cual él, pueda mostrar descubierto aquel rostro á quien no afeó mancha ninguna, á quien hermoseó el valor, el saber, la modestia y la caridad cristiana, todo ello

prenda cierta  
de que pudo, á la partida,  
desde ésta á la eterna vida  
ir la cara descubierta.»

El discurso de entrada en la Academia del señor Menéndez Pelayo, versó acerca de la Historia; pero no considerada en su materia y contenido, ni siquiera en las reglas críticas y método de investigación para escribirla, sino de lo que á primera vista parece más externo y accidental en ella, de lo que condenan muchos desdeñosamente con el nombre de forma... de la historia considerada como arte bella, de la noción estética de la historia, ya que es grave defecto en los modernos tratadistas excluir del cuadro de las artes secundarias el arte maravilloso de los Tucídides, Tácitos y Maquiavelos, mientras que admiten sin reparo y explenan en muchas páginas el arte de la danza ó el de los jardines.»

Íntil es añadir que á pesar del carácter abstracto del asunto, el joven académico desplegó los tesoros de su erudición para confirmar su tesis, engalanando su larga disertación con períodos elocuentes, nutridos de interesantes conceptos.

El numerosísimo público que llenaba el salón de la Academia esperaba con afán la contestación del Sr. Fernández Guerra, porque este ilustre sabio

posee como nadie el arte difícilísimo de amenizar todo lo que pasa por su pluma, la más docta, la más correcta y la más clásica que existe en España. Un discurso del Sr. Fernández Guerra es un acontecimiento literario que embarga la atención de todos los amantes de la buena literatura, y es además un monumento erigido á las verdades y saludables doctrinas con que deben sustentarse las bellas artes.

El que leyó en la sesión del día 13 en la Academia de la Historia, está dedicado á celebrar los talentos y las obras de Menéndez Pelayo; pero á vueltas de tales alabanzas, el sabio académico fustiga con los aceros de su valiente palabra á los detractores de la santa verdad, y retrata con pincel vigoroso el aspecto repugnante de la Revolución, empeñada en acabar con las glorias y con la vida de nuestra católica España. El siguiente retrato es modelo en su género de elocuencia clásica, y espejo fiel de la Revolución que nos corrompe, destruye y envilece:

«En vano la envidia y locura públicas despedazarán un día y otro, sin descanso ni tregua, cuanto admirable eternizó el arte cristiano, y pugnarán por sumir en desprecio y olvido los profundos y religiosos libros de sapientísimos varones. También la tiranía de los Césares dió al fuego los monumentos y escritos que hicieron grande, libre y prepotente á Roma; pero ya Tácito nos dijo haber los tiranos conseguido que en la hoguera se consumiese todo aquello honrosísimo y venerando, mas no que pereciese la libertad. Después feroz é hipócrita barbarie nuestras, no hace medio siglo, innumerables y riquísimas bibliotecas; lleve á tierra extraña los tesoros que fueron acopiando por espacio de doce siglos, ó échelos á papel viejo, ó redúzcalos á cenizas. No perdona tampoco los templos, alcázares y palacios que trazó la portentosa inventiva y la ciencia profundísima de Cebrían y Juan de Badajoz; de Bernardo y Mateo, gratísimos á Compostela; de Pedro Pérez, admirable en Toledo, y de Juan de Colonia, en Burgos; de Juan Gil de Hontañón, Diego de Riaño, Covarrubias y Diego de Siloe. Ni se salven las soberbias esculturas de Felipe de Borgoña, Berruguete y Montañés; ni las tablas y lienzos de aquellos cristianos artífices á cuya inspiración se rasgaron los cielos, mostrándonos el piélago inmenso é inefable de beatífica luz y vida que en sí guardan y encierran. No ceje un punto en su obra de maldecir y destruir lo que fué, de acabar con todo lo que sirve para engrandecer al pueblo y dotarle de exquisito y delicado gusto. Pero sepa el espíritu de las tinieblas que será impotente para borrar la memoria laudabilísima de los artífices y escritores inmortales, de los héroes verdaderos, de los varones inmaculados y benditos. ¿Quién ha llegado á ver una sola pintura, un rasguño solo del griego Apeles? Más, ¿quién no le admira y aplaude todavía, como si todas juntas se ofreciesen á nuestros ojos? El error, la ceguera, la pérdida é interesante seducción de arteros é incansables enemigos, jamás tendrán fuerzas bastantes para extinguir la justa fama de nuestras pasadas, legítimas glorias, para acobardar y envilecer nuestro corazón en adversidades terribles, para amenguar nuestro patriotismo y constancia en el día de la prueba, en el mayor infortunio, para aherrar la libertad ingénita y prostituir y apagar eternamente el ingenio español.»

Los periódicos de la secta han recibido mal, nada más justo, los discursos de la recepción del día 13 en la Academia de la Historia, y especialmente el del Sr. Fernández Guerra. Han censurado éste como intransigente, duro y hasta destemplado. Estos ataques son su mejor corona, porque nada más justo que se queje el que se siente herido, y que proteste con rabia el error contra el denuedo de un héroe que lo desenmascara en la plaza pública y muestra la fealdad de su rostro á los ojos de los seducidos y alucinados.

Por lo demás, es un disparate y una gran mentira acusar al Sr. Fernández Guerra de que se hace cada día más intransigente, pues si la intransigencia es el odio á todo lo que corrompe y envilece á España, y el amor que es consiguiente á todo lo que en los pasados siglos la hizo grande y gloriosa, el Sr. Fernández Guerra ha sido siempre el mismo, dotado de la misma intransigencia, en la que ha inspirado todas sus obras, y la conducta noble y generosa de toda su vida.

La última vez antes de la que motiva estas líneas, que habló el Sr. Fernández Guerra en la misma Academia, contestando al Sr. Rada, después de haber dicho que «el título de verdadero hombre de bien vale mucho más que el de sabio,» terminaba su discurso, uno de los mejores que han salido de su pluma, diciendo: «En el oráculo de Elo habéis visto el engaño y la mentira trayendo por siglos y siglos la esclavitud á la patria. En el oráculo de la Verdad aprenderéis que no hay libertad ni dicha en la tierra, sino los que bajaron prodigiosamente del cielo.»

El Sr. Fernández Guerra es un sabio y un héroe, pues si su ciencia no tiene rival en España, su valor para decir la verdad raya en heroísmo en estos tiempos de miserable cobardía, en que se enseñorean de los pueblos el «error, la ceguera, la perfidia é interesante seducción de arteros é incansables enemigos» de la verdad.

Estamos en plenas fiestas reales.

Sus Majestades Fidelísimas y Sus Majestades Católicas se albergan hoy bajo las espléndidas bóvedas de nuestro regio alcázar.

Con este motivo Madrid—el pueblo más indiferente de España—se echa á la calle desde muy temprano á disfrutar de las novedades de las fiestas reales, muy satisfecho de los placeres que se le proporcionan, y sin dejarse arrebatar ni por el recuerdo de antiguas discordias, ni por la esperanza de futuras alianzas.

Las antiguas fiestas reales, á que se asociaba el pueblo con ferviente entusiasmo, fiestas verdaderamente monárquico-democráticas, como lo fueron siempre en España, han concluido, al menos por ahora, anuladas por el espíritu de estos tiempos, que ha llevado la desconfianza y la discordia á todas las clases sociales, erigiendo un trono al egoísmo sobre las ruinas de todos los afectos del corazón del hombre.

La visita de los Reyes de Portugal ha traído á Madrid multitud de súbditos suyos, figurando á la cabeza los periodistas, hueste militante que acude donde hay ruido y aunque aplicada á diferentes bandos, se agrupa sin largas negociaciones á la mesa de todos los festines. Solo los periódicos legitimistas de Portugal están sin representación, como que para ellos—usando una frase vulgar—no puede haber hacha en este entierro.

En medio del esplendor de esta Corte, la reina de Portugal debe sentir impresiones desconsoladoras y tristes, pues á cada paso los sitios, las ceremonias, las caras y los nombres de los personajes políticos deben traerle á la memoria los días en que su hermano D. Amadeo ocupó, como fugaz meteoro, el trono de España.

Si es aficionada á la poesía, podrá repetir aquella trova de nuestro Jorge Manrique:

Ved de cuán poco valor  
Son las cosas tras que andamos  
Y corremos,  
Que en este mundo traidor  
Aun primero que muramos  
Las perdemos.  
Della deshace la edad;  
Dellas casos desastrosos  
Que acaecen;  
Dellas, por su qualidad,  
En los más altos estados  
Desfallecen.

Ya podemos cantar victoria. La proposición del Rdo. Obispo de Cádiz, relativa á los reclutas disponibles, ha sido aceptada definitivamente en el Senado, no sin la consiguiente protesta de la revolución. La Iglesia ha obtenido con esta reforma de la ley de reemplazo del ejército un gran beneficio, pues de hoy en adelante los aspirantes al sacerdocio quedarán exentos del servicio en el año en que van á ser ordenados *in sacris* y en los dos años siguientes, y exceptuados definitivamente una vez ordenados.

También la moral pública ha salido gananciosa por lo que respecta al matrimonio de los reclutas disponibles; de modo que la proposición del Reverendo Obispo, á diferencia de tantas otras como diariamente se presentan en las Cámaras, ha sido un triunfo para la Iglesia y para la sociedad.

¡Así hacen política—si se nos permite la frase—los obispos y sacerdotes católicos!

La muerte no para. En estos días ha llamado á su tribunal inapelable á dos marqueses de nombre, uno de la antigua nobleza, y otro de la nueva, ambos afiliados al partido conservador, donde figuraban en primera línea.

El marqués de Bedmar, y de Escalona y el marqués de Orovia han muerto todavía en buena edad, dejando aquí sus bienes el primero, y su influencia política el segundo, que de nada les ha servido para sustraerse al fallo de la muerte, ante la cual no hay más jerarquías que las de la virtud.

Con el marqués de Bedmar, difunto, termina la línea directa de esta noble casa, por haber muerto sin sucesión, acabando así una rama más del árbol secular de nuestra nobleza, condenada á desaparecer en estos tiempos, tan opuestos á los que dieron origen á la verdadera grandeza española.

El marqués era patrono de una de las más bellas y monumentales capillas de la Catedral de Sigüenza, enriquecida con magníficos sepulcros de sus antepasados. Allí ha sido sepultado para que se complete la representación de la familia, desde los preclaros fundadores hasta el último miembro de ella; desde los caudillos de la Reconquista hasta el marqués liberal-conservador. Allí podrá estudiar el historiador futuro, cómo empezaron y cómo acabaron las grandes familias españolas.



Por lo que hace al marqués de Orovio, cometió como político doctrinario grandes desaciertos, pero siempre nos debe hacer grata su memoria la campaña que emprendió en su último ministerio de Fomento, contra los catedráticos racionalistas, campaña que han malogrado las corrientes de la política en estos últimos años y que por falta de apoyo en los suyos no pudo llevar á feliz término.

También el marqués de Orovio se ha hecho enterrar fuera de Madrid. Se comprende: los hombres que han vivido en la Corte, arrebatados por el torbellino de las pasiones políticas, han de ansiar que sus cadáveres descansen en paz, bajo los brazos de una Cruz, en el último rincón de una capilla solitaria. ¡Que Dios les conceda el descanso eterno!

\*\*

En poco más de una semana se han cometido en Madrid tres crímenes horribles de asesinato y suicidios simultáneos, casi con las mismas circunstancias, y cuyos móviles han sido la venganza y los celos.

El público ha leído con afán la narración de estos trágicos y dobles delitos; ¡lástima, habrán dicho muchos, que la muerte de los delincuentes nos prive del placer de asistir á la vista de los juicios orales!

La criminalidad aumenta, y la sociedad entera se hace cómplice de los delitos.

¿Cuándo se verá el proceso de la sociedad? ¿Cuál será su pena? El tiempo será el relator, la Providencia el juez inexorable, y la única circunstancia atenuante la Misericordia Divina.

NULEMA.

## CRÓNICA

**N**ECESARIO es consagrar de un modo especial la atención en los grandes trabajos, dirigidos, especialmente en Oriente, por la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, de que es prefecto el insigne Cardenal Simeoni, tan querido en esta Corte, donde durante largo tiempo representó á la Santa Sede.

Es este el único medio de que no quede incompleto el cuadro que trazamos del movimiento religioso y político-religioso del mundo, por el cual puede fácilmente medirse el alta y la baja de la civilización.

Y al hablar en estos momentos de los trabajos de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, necesario nos es empezar consagrande algunas líneas á la circular que esta Sagrada Congregación ha dirigido últimamente á los Arzobispos y Obispos de Irlanda sobre los asuntos interiores de aquella infortunada isla.

En ella se recuerdan al clero y pueblo fiel las enseñanzas dadas por León XIII á los irlandeses en sus cartas al Emmo. Sr. Cardenal Mac-Cabe, Arzobispo de Dublin.

Y se prohíbe después al clero, no sólo que tome parte en las agitaciones políticas de los partidos revolucionarios, sino también que contribuya á las suscripciones llamadas patrióticas, y singularmente á la que últimamente se ha abierto en favor de Parnell.

Esta circular ha sido motivada, no sólo por haber tomado parte en dicha suscripción algunos sacerdotes, contra el parecer de sus Prelados, sino de un modo especial, por haber asistido gran número de ellos á la Asamblea de Filadelfia en que se trató de apelar á la violencia para libertar á Irlanda del yugo de los ingleses.

La circular ha producido inmediatos frutos: los individuos del clero y muchos católicos han retirado sus firmas de la suscripción en favor de Parnell, y se han negado á asistir á algunas juntas tituladas patrióticas.

La Liga agraria ha resuelto enviar una comisión de su seno á Roma para enterar al Padre Santo, según han declarado sus jefes, de la verdadera situación de Irlanda, y rogarle que deje al clero irlandés en libertad de acción para favorecer ó no los trabajos de las tituladas juntas patrióticas.

Este acuerdo ha sido tomado principalmente á causa del considerable número de sacerdotes y de fieles que se han separado de la Liga agraria en vista de las instrucciones y enseñanzas de la Santa Sede.

\*\*

En realidad, no es Europa la parte del mundo que más seriamente preocupa á la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, á pesar de los esfuerzos que hace por lograr que ingleses y alemanes, montenegrinos y rumanos vuelvan al seno de la Iglesia.

Así y todo, ha propuesto últimamente al Padre Santo el establecimiento de la jerarquía eclesiástica

en Rumania, erigiendo en metropolitana la Sede episcopal de Bucharest, y fundando en aquel reino varias sedes episcopales, como se ha hecho en Bosnia y en Bulgaria.

Se han entablado negociaciones con el Gobierno del rey Carlos, que ha acogido favorablemente las justas pretensiones de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide.

Hoy, sin embargo, esta Sagrada Congregación aparece estar preocupada con otro proyecto más importante y trascendental, proyecto que ha sido objeto de grandes estudios durante la última estancia del Emmo. Sr. Cardenal Lavigerie en Roma.

Trátase de establecer varios obispados en Túnez, donde al amparo de la ocupación francesa, y gracias al celo y diligencia de dicho Eminentísimo Purpurado, prosperan grandemente los intereses católicos.

Todavía no se sabe con exactitud cuál será el número de estas nuevas Sedes episcopales, ni se conocen sus títulos; pero se cree, generalmente, que este asunto quedará ultimado en breve, y que los nuevos Prelados podrán ser preconizados en un Consistorio que se celebrará en el próximo mes de Junio, según ha anunciado la prensa católica de Roma.

Estas Sedes dependerán del Emmo. Sr. Cardenal Lavigerie, como Arzobispo de Argel, y permitirán á este insigne Prelado, uno de los miembros más ilustres del Sacro Colegio, dirigir su actividad á completar los medios de propaganda católica establecidos en otras regiones de Africa.

\*\*

Con los soldados ingleses se han establecido en Egipto muchos emisarios de las sociedades protestantes de Londres, destinados á cumplir su eterna tarea de repartir Biblias entre el pueblo.

De qué provecho será esta propaganda en una nación que en su inmensa mayoría no sabe leer, y en que los que saben leer, ó son católicos probados ó viven consagrados perpetuamente al comercio, no adorando otro Dios que el becerro de oro, lo dice claramente el hecho de que á pesar de las 60.000 Biblias repartidas y de las cantidades considerables gastadas en levantar grandes edificios destinados á escuelas, las capillas protestantes están desiertas, y las escuelas sin alumnos.

Mientras esto sucede en el campo protestante, gracias á los cuidados de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, han vuelto á las orillas del Nilo los sacerdotes que las abandonaron cuando la lucha de Arabi-Bey con los ingleses; se han abierto de nuevo las escuelas católicas, confiadas en su casi totalidad á Hermanos de la Doctrina cristiana, y los hospitales que dirigen Hermanas de la Caridad, y el número de conversiones de coptos y de griegos es cada día más considerable.

Según una correspondencia del Cairo que publica un diario protestante de Londres, los católicos de aquella ciudad se han reunido y resuelto abrir una suscripción para levantar una iglesia que sea la primera de Egipto por sus dimensiones y por su belleza artística.

\*\*

Pero indudablemente, como ya se ha indicado, el centro á que dirige su preferente atención en estos momentos la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, es el Asia Menor.

Preciso es á todos reconocer, que la Iglesia católica gana de día en día terreno en las poblaciones de rito oriental de aquella región, gracias singularmente al celo del clero católico, que á los ojos de estas poblaciones tiene la ventaja de practicar su propio rito y de completar por la unidad con la Santa Sede lo que falta á su fe.

A su debido tiempo anunciamos la vuelta á la unidad de muchas familias griegas de Cesarea, en Capadocia, y de Melgara, en Tracia, y su firmeza en perseverar en su fe á pesar de las persecuciones de que han sido objeto, así de parte de las autoridades como de sus antiguos correligionarios.

En Melgara, la persecución ha revestido un carácter singularmente odioso, que ha motivado la intervención del gobierno del Sultán, primero para advertir al gobernador del distrito, un cismático llamado Bogadini, que el tratado de Berlín garantiza la plena libertad religiosa á todos los súbditos del imperio otomano, y en segundo lugar para hacer abrir la iglesia que aquél había mandado cerrar, á fin de que los nuevos convertidos no pudiesen celebrar con gran solemnidad, como se proponían, las fiestas de Semana Santa y de Pascua de Resurrección, en la fecha señalada por su especial calendario.

Viendo el Sultán poco después por otros indicios que el gobernador Bogadini no se enmendaba, lo ha separado de su cargo y lo ha llamado á Constantinopla, á fin de apartar de Melgara un elemento de continuos disgustos.

Así los nuevos convertidos pudieron celebrar tranquilamente, según las solemnes ceremonias de su rito, las fiestas de Pascua, y fortalecerse con el recuerdo del triunfo del Salvador sobre la muerte, imagen del triunfo de la Iglesia sobre el cisma.

\*\*

Dicen los Padres Jesuitas en el *Basir* de Beyrouth, que la escuela es la base de todo progreso, la sustancia de toda civilización, singularmente en las regiones orientales.

Persuadida de esta verdad la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, no cesa de recomendar á los Obispos y misioneros del Asia Menor, que multipliquen el número de las escuelas, medio el más á propósito, por otra parte, de reparar las ruinas acumuladas por tantos siglos de cisma.

Al frente de los Prelados que mejor secundan los deseos de dicha Congregación, debe citarse siempre á Mons. Basilio Heggjar, alumno que fué del colegio griego de Roma, Arzobispo de Haurán, hombre lleno de celo apostólico, consagrado casi por completo á la conversión de los griegos cismáticos por medio de la multiplicación de las escuelas.

Ha abierto escuelas, en consecuencia, no sólo en las poblaciones más importantes de su diócesis, como Tebret y Bassin, sino también en muchos pueblos y aldeas, por ejemplo en Ajn-Iciarech y en Onrok, y ha confiado su dirección á sacerdotes griegos y á monjes basilios de la Congregación del Salvador; todo esto además de las escuelas parroquiales para niños pobres que tenía establecidas desde hacía muchísimo tiempo.

Visita por sí mismo todas estas escuelas, y sostiene con las rentas de su patrimonio la mayor parte de ellas.

No omite ningún medio para sostener la emulación, lo mismo en los profesores que en los alumnos, y para colocar á grande altura sus establecimientos de enseñanza, en muchos de los cuales se enseña árabe, turco, francés, geografía, dibujo, música, etc.

Resulta de todo esto que los mismos cismáticos prefieren enviar sus hijos á las escuelas fundadas por Mons. Heggjar, á tenerlos en las suyas propias, que en nada, absolutamente en nada pueden competir con aquéllas.

Fácilmente se comprende que es este un sencillísimo medio de preparar por caminos naturales la vuelta de las comunidades disidentes al seno de la gran unidad católica.

Así lo comprende Rusia, y por esto trata de favorecer á las escuelas sostenidas por los cismáticos indígenas.

\*\*

Imposible nos es, seguramente, dar noticia del gran número de conversiones que se realizan en todas partes en el limitado espacio de que disponemos; conversiones debidas en gran parte á la sabia dirección impresa por el Emmo. Sr. Cardenal Simeoni á los trabajos de la Propaganda Fide. Así, nos concretaremos á hablar de las que han tenido lugar últimamente en el patriarcado de Mardin.

En Benebil, cerca de Mardin, ocho familias jacobitas han abrazado la fe católica, y en Kellisa cuatro familias.

En el distrito de Madiath, centro principal de la secta de los jacobitas, se han convertido últimamente veinticinco familias de la aldea de Arban.

Han abjurado además sus errores: treinta familias de Kafaré, cerca de Madiath; cuarenta de Medok, en las orillas del Tigris, y tres en Golhé, lo cual permite esperar que muchas otras seguirán su ejemplo.

De hecho en algunas localidades algunas familias no han podido abjurar sus errores porque todavía no han podido ser visitadas por los misioneros, cuya llegada es esperada ardentemente.

La caridad de los fieles de Europa, singularmente de los de Francia, ayudará no poco á favorecer este dichoso movimiento, permitiendo formar nuevos misioneros y darles los medios de acción que faltan en Oriente. Es este el resultado que el Oriente católico espera del generoso impulso dado por León XIII á las grandes obras de la Propaganda Fide, y de las escuelas de las misiones.

D. ISERN.

## LAS DIVERSIONES PUBLICAS

## II



AS carreras de caballos...

Ya sé lo que me van ustedes á decir: que las carreras de caballos no son diversiones públicas; que aun suponiendo que lo fuesen, deberían figurar á la cola de los espectáculos de que me he metido á hablar con tan



poca fortuna; y que aun concediendo que merezcan figurar como la más *distanciada* de las públicas diversiones, no tienen carta de naturaleza en nuestro pueblo, á pesar de todos los esfuerzos que se vienen haciendo por aclimatar esta planta exótica, transportada de las brumosas orillas del Támesis al tiesto del Hipódromo madrileño, tiesto que ha costado algunos millones de reales.

Es posible que tengan ustedes razón, y estas mismas observaciones se me habían á mí ocurrido al escribir la primera línea de este artículo. Pero, señores, se trata de un suceso de actualidad; de un acontecimiento que recorre al galope las columnas de todos los periódicos de la Corte; de la única manifestación práctica de la existencia de una Sociedad que se titula de *Fomento de la cría caballar*; se trata, en fin, de un espectáculo extranjero que puede, si se le espolea un poquito, llegar á rivalizar con el espectáculo nacional por excelencia, con las corridas de toros.

¿Y no vale la pena de conceder algunas gotas de tinta y algunas cuartillas de papel á este asunto, que si hoy es sólo un potrillo encanijado, puede con el tiempo convertirse en brioso corcel que corra desbocado por la pista de nuestros públicos esparcimientos?

Mal que pese al exclusivismo de nuestro orgullo patrio, que pretende, con justo título, sublimar las corridas de toros hasta ponerlas en los cuernos algo mogones de la luna, no podemos menos de reconocer que las fiestas hípicas tienen alguna analogía con las fiestas taurinas.

Unas y otras tienen por base esencial, por único protagonista al cuadrúpedo.

Unas y otras emplean al bípodo como elemento, aunque secundario, preciso para regir, excitar, castigar, burlar y sacar todo el partido posible del cuadrúpedo, en beneficio de los espectadores.

Unas y otras ofrecen gravísimo peligro de muerte, y cuando menos de magullamiento, á los seres racionales (¿por qué no hemos de llamarlos así?) que conscientemente se aventuran en estas honrosas competencias con los irracionales.

Unas y otras se celebran á cielo libre y á piso libre; tienen por escenarios el *turf* ó el *redondel*; los efectos escénicos parten del centro á la periferia; las catástrofes, cuando están acomodadas á las reglas estéticas, producen igual manifestación: un grito unísono de todos los espectadores, que no se sabe si es un grito de horror ó de entusiasmo.

Unas y otras, en fin, se parecen en sus caracteres externos. Es preciso que los personajes que en ellas toman parte activa se atavien con un traje especial, abigarrado, grotesco, que nadie usa en el mundo sino para esta clase de recepciones. Y ha sido preciso inventar un dialecto *sui generis*, especie de *caló técnico*, para hablar de las cosas que se relacionan con la *lidia* ó con el *sport*.

Respecto de este último, ó sea las carreras de caballos, no hemos tenido que inventar nada, es verdad; lo hemos encontrado ya hecho y nos lo hemos traído de la Gran Bretaña, espectáculo é idioma, lo cual ha simplificado mucho la asimilación. Pero el resultado es el mismo: tan bárbaros aparecen y tan refractarios se hacen al oído, para los que no conocemos otro idioma que el castellano (y aun éste medianejamente), las voces guturales y estridentes que oímos en el Hipódromo, como la jerga indígena que nos disparan desde los periódicos del *arte* los revisteros de toros.

De mí sé decir que al oír hablar de *jockeys* y de *monos sábios*, de *handicap* y de *berrendo en colorao*, de *criterium* y de *verónica*, de *training* y de *telonazos*, de *cosmos* y de *piqueros*, de *bookmakers* y de *pases de pecho*, me quedo tan enterado como al leer la exposición de alguna doctrina filosófica que hoy está al alcance de las fortunas más modestas y de las inteligencias más indigentes.

Las carreras de caballos en España han adelantado poco terreno desde la época en que se pusieron en juego (no recuerdo el año) en el hipódromo de la Casa de Campo. Lo que sí recuerdo es que para la generalidad del público pasaban desapercibidas, y si alguna resonancia tenían, era la que les daban los cascabeles y campanillas de los carruajes á la calesera que, en número bastante exiguo por cierto, cruzaban la entonces estrecha y desaseada Puerta del Sol, conduciendo algunos aficionados á la fiesta.

En la actualidad, fuerza es reconocer que se ha extendido algo más el gusto por este espectáculo; que la concurrencia de animales (ya supondrán ustedes que me refiero á los caballos) es mayor que entonces; que ha aumentado el número y la cuantía de los premios, y que las palabras inglesas que se cruzan entre la *high-life* de los partidarios del *sport* se pronuncian con alguna menos incorrección y hasta se ha enriquecido con media docena más el vocabulario de los *sportments*. Esto es incuestionable.

Lo que es cuestionable, para inteligencias tan zurdas como la mía, es la utilidad práctica que se pretende atribuir por los panegiristas de las carreras de caballos, á esta clase de certámenes de velocidad.

Lo que no comprendo, y presumo que ustedes tampoco (dicho sea sin ofender su buen criterio), es la relación que pueda haber entre el *fomento de la cría caballar* y las carreras de caballos criados y fomentados para este objeto velocipedestre.

Es posible, es casi seguro, que diré alguna herejía hípica hablando de un asunto sobre el que no he cabalgado nunca, y temo que empeñándome en montarle, tendré que apearme por las orejas.

Porque bueno es que ustedes sepan (y si no es bueno para ustedes, es bueno para mí) que no conozco de vista las carreras de caballos, y lo que de ellas conozco *de oídas* no me sirve para el caso, porque no he oído más que los relinchos. Sin embargo, he podido apreciar que no se diferencia el relincho de un caballo inglés de pura sangre valorado en 6.000 duros, del relincho de un penco español, adquirido de un gitanito en la suma de 120 pesetas. No creo que este dato sea tampoco de gran importancia para una disquisición ecuestre.

Volviendo, pues, la bridá á mi discurso, digo que me parece absurdo suponer que la raza caballar se fomenta con caballos cuya única, ó por lo menos principal cualidad sea la de *correr mucho en poco tiempo*. Si tal fuese el bello ideal de la Sociedad que ha criado á sus pechos, por decirlo así, las carreras de caballos, habría que reconocer á las liebres el derecho de superioridad sobre aquellos útiles y nobles animales... ¿Lo ven ustedes? Ya he perdido los estribos.

Veamos si consigo explicarme para que ustedes consigan entenderme, y aun mejor debería decir, si consigo entenderme á mí mismo para poder explicarme.

Por lo poco que he cogido al vuelo á personas que juzgo competentes en este trascendental asunto, infiero que, por regla general, son más corredores los caballos de pura sangre ingleses, que los caballos de pura raza españoles.

Si esto es exacto, no se me alcanza qué influencia pueden ejercer estas competencias de velocidad para el fomento de nuestra especie... quiero decir de nuestra especie caballar.

En igualdad de circunstancias, siempre quedará demostrado que el caballo inglés vence al caballo español en una carrera larga. Bien ¿y qué? ¿Será por eso el potro español menos resistente en otra clase de ejercicios, menos hermoso en sus proporciones, menos gallardo en su forma, menos apto para el servicio á que con preferencia está destinado?

Un caballo inglés de carrera, al que se ha criado, educado y preparado á fuerza de cuidados, de libros y de libras esterlinas, exclusivamente *para que corra*, se parece á un caballo cordobés, estéticamente considerados ambos, como se parece el cielo de Londres al cielo de Madrid; como el *jockey* enjuto, demacrado y sometido á la dieta vegetal y á los purgantes, á fin de hacerle lo menos *pesado* posible, se parece al mocetón garrido y de tez morena que pasea su jaca torda por las riberas del Betis.

Con todo el aplomo de quien no entiende una jota de estas cosas, digo que las carreras de caballos ni enseñan nada, ni resuelven nada, ni fomentan nada, ni divierten nada, sino á un limitado número de personas que tienen en ellas interés directo, y á un número algo mayor de otras que acuden á ese espectáculo llevadas del cebo de la ganancia. Esta es la cuestión (y agradezcan ustedes que no lo diga en inglés, como saben ya decirlo hasta los vendedores de chufas).

Las apuestas, las jugadas, las peripecias del envite y azar: esta es la madre del cordero.

Allí se cruzan grandes y pequeñas cantidades de dinero.

Allí se arriesga un paquete de billetes de Banco á la llegada de un caballo á la meta, exactamente lo mismo que se aventura, en un casino, á la venida de una sota al tapete.

Allí se pone un duro para ganar quince, lo mismo que en la ruleta.

Allí, en fin, como en cualquier timba vulgar, sólo se divierte el que gana, y sólo moraliza y hace filosofías el que pierde.

¡Oh! si las sumas que allí se cruzan se aplicaran al verdadero fomento de la raza caballar, ó si el cruzamiento de esta raza se hiciese tan fácilmente como el cruzamiento de aquellas sumas, entonces sí que servirían de algo las carreras hípicas, que hoy por hoy (según la fraseología moderna) están á la misma alzada y tienen el mismo pelo que la mayor parte de las carreras literarias.

Y ven ustedes una idea que he deslizado sin premeditación ni alevosía, y que, después de reparar

en ella, me hace pensar que no es tan descabellada como indica su estampa.

Porque al fin y al rabo (para hablar en carácter), en unas y otras hay matrículas; en unas y otras, para matricularse, se exigen ciertos documentos; en unas y otras hay exámenes; en unas y otras hay tribunal que juzga los ejercicios; en unas y otras se pesa la capacidad intelectual ó la masa física del individuo, alumno ó *jockey*; en unas y otras se señalan premios á los sobresalientes; en unas y otras son los menos los que llegan á la *meta*, y los más los que se *despistan* ó quedan *distanciados*.

En unas y otras el resultado definitivo viene á ser una patente de suficiencia: «Hombre de carrera.» — «Caballo de carrera.»

Lo cual no impide que el primero, si no tiene otras condiciones que el título, vaya á desempeñar una plaza de 8.000 reales en un centro administrativo, y el segundo acabe su laureada existencia en otra plaza más importante... la Plaza de Toros...

Pero advierto, que se me han ido los pies en este artículo, y que es necesario que me tiren ustedes de la rienda y me hagan parar en firme; de lo contrario, voy á pedir el premio de resistencia, porque llevo ya galopadas diez y ocho cuartillas, y esto ya pasa de castaño oscuro.

BLAS.

## ORÍGENES

DE LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL  
según los recuerdos de sus primeros miembros.

(Continuación.)



ONSTITUIDA ya la *Conferencia de caridad*, necesitaba elegir un patrono, y el nombre de San Vicente de Paul fué aclamado por unanimidad; por ser de un santo caritativo, popular por excelencia.

La Conferencia acordó por último ejercer la caridad á su costa, contribuyendo á ello cada uno en la medida de sus fuerzas, de la cual sólo él sería juez y sólo él la conocería, satisfaciendo á este objeto una colecta que se haría al fin de cada sesión. La hizo, al terminar la primera, Mr. Devaux, á quien se designó para tesorero, sirviendo de bolsa un sombrero.

La sesión terminó con la oración *Sub tuum praesidium*. El *Veni Sancte Spiritus* y el *Sub tuum praesidium* eran para todos los socios un recuerdo clásico.

Desde la segunda sesión, que se verificó ocho días después, cada socio tenía su familia pobre, escogida por él y para él con discernimiento. Uno de ellos recuerda todavía perfectamente que le tocó la familia de un ebanista, compuesta de padre, madre y seis ó siete hijos, que vivía en la esquina de la calle de *l'Arbalète*, cerca de la calle de Mouffetard. Sor Rosalia había acogido con su acostumbrada benevolencia al enviado de la Conferencia, y se distribuyeron los bonos que ella había proporcionado.

En la tercera ó cuarta reunión propuso Lallier que se admitiese como miembro de la Conferencia á uno de sus antiguos camaradas del colegio de Estanislao, llamado Gustavo Colas de la Nue, estudiante de Derecho, hijo de un consejero del tribunal de Orleans. Esta proposición dió al principio motivo á algunas objeciones. Era aquella una reunión de amigos, que se conocían desde larga fecha y estaban acostumbrados á la más dulce intimidad. Un recién venido, á quien sólo conocía uno de los socios, ¿no enfriaría algo la reunión, y no podría venir á destruir, ó al menos á turbar aquella intimidad tan grata? Pero por otra parte, la caridad, á la que habían tomado por guía, ¿no aconsejaba que se admitiese á un joven, á un hermano, que hasta entonces se veía casi aislado y cuyo aislamiento le exponía á más de un peligro, y que se le prestara el apoyo y el concurso de amistades que ya podían llamarse hechas, porque tenían por fundamento la misma fe y las mismas aspiraciones? Esta opinión prevaleció, adhiriéndose todos á ella.

A la entrada de Gustavo de la Nue en la Conferencia siguieron pronto otras admisiones. Entre los nuevamente admitidos, podemos citar á Manuel de Condé, estudiante de Derecho, á quien presentó Mr. Bayly; á Carlos Hommais, estudiante de Derecho, también compañero del colegio de Estanislao, presentado por Lallier; á Enrique Personneaux; á Chaurand, estudiante de Derecho, y á Fignonx, estudiante de medicina, presentados por Ozanam. Al fin del año escolar, la Conferencia de caridad contaba ya quince miembros.

1 Cuando en 1853, hablando Ozanam á nuestros socios de Florencia y de Liorna, les decía que fueron ocho los primeros miembros de la Conferencia, comprendía á Enrique Personneaux, su pariente. Pero Personneaux ha recordado siempre que fué admitido inmediatamente después de Carlos Hommais.



Durante este período de tres ó cuatro meses, desde principios de Mayo á fines de Agosto, la colecta la sostuvieron principalmente cinco ó seis monedas de cinco francos que de tiempo en tiempo echaba Mr. Bailly al fin de la sesión, en el sombrero que servía de colector. Cuando el Tesorero sacaba á luz las monedas de cinco francos, causaban viva sensación, porque los jóvenes sabían muy bien que ellos no daban más que una moneda. Estas otras representaban el valor en que Mr. Bailly quería tasar algunos artículos, principalmente de bibliografía, que daban á la *Tribuna católica* la mayor parte de los miembros de la Conferencia <sup>1</sup>.

Entre tanto, los proyectos de reuniones preparatorias para la conferencia militante permanecían estacionarios. La nueva reunión, tan llena de atractivo, tan tranquila y al mismo tiempo tan animada, los había hecho olvidar. Los socios de esta primera Conferencia de San Vicente de Paul experimentaban, en efecto, en el más alto grado, el *Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!* Lejos de ser sus sesiones semanales de piedad y de caridad monótonas y graves, una amistad cordial las animaba, y en ellas se permitían las agudezas de una franca y juvenil alegría.

Al terminar el mes de Agosto de 1833 vinieron las vacaciones. Los miembros de la Conferencia se separaron, dándose cita para el mes de Noviembre inmediato.

Al abrirse de nuevo las escuelas de derecho y de medicina en Noviembre de 1833, las oficinas de la *Tribuna católica* estaban cerradas. Este periódico se había unido con el *Universo religioso*, que acababan de fundar los presbíteros Migne y Dufoux de la Thuillerie. Mr. Bailly puso entonces á disposición de la Conferencia de caridad otro local en la planta baja de la casa, plaza de la Estrapada, número 11. Casi todos los antiguos socios volvieron á encontrarse allí, y su número se elevó pronto á veinticinco con la admisión de varios jóvenes de Lyon, presentados por Ozanam, y de algunos alumnos que habían salido del colegio de Juilly, entre otros Nelde y Lhermite.

Entonces volvió á emprenderse la visita á los pobres, interrumpida por las vacaciones. Las sesiones, para cuya celebración se fijó el martes de la semana á las ocho de la noche, continuaron presididas por Mr. Bailly, ofreciendo por algún tiempo el mismo atractivo que el año anterior. Todos iban dando cuenta por turno del estado de las familias que visitaban, y este relato daba lugar á un cambio de útiles y cordiales observaciones. En la primera quincena de Diciembre de 1833 se agregó á Chaurand, en calidad de secretario, al presidente y al tesorero, para que formase con ellos la mesa y se extendiera en adelante un acta sucinta de las sesiones.

Un incidente inesperado vino pronto á dilatar la esfera de la caridad. Uno de los administradores de la casa de beneficencia del XII distrito, Mr. Voltot, que había oído hablar de la Conferencia de jóvenes asociados para socorrer en persona á los pobres, concibió el pensamiento de tomar entre ellos algunos colaboradores, y confiarles las funciones oficiales de comisarios de caridad. Habiéndoselo indicado á Mr. Bailly, éste comunicó la proposición á la Conferencia en su sesión del 17 de Diciembre. Acogiósela con entusiasmo, y varios socios, entre ellos Cheruel, Labarthe, de Francheville, Antonino Serre y Chaurand, se inscribieron al efecto: Ozanam y Lallier no tardaron en unirse á ellos. A Ozanam se encargaron las familias pobres que habitaban los números impares, y á Lallier las de los pares del 1 al 20, en la calle *des Boulangers* del barrio de San Víctor. Desempeñaron estas funciones auxiliares de la caridad en representación de la casa de beneficencia durante varios años, desde el 1.º de Febrero de 1834, fecha del nombramiento oficial. Chaurand y Lallier también fueron luego, el uno en 1835 y el otro en 1836, á funcionar como administradores agregados en las divisiones de Mrs. Rataud y Scellier-Beccaria.

En Enero de 1834, creyó Mr. Bailly que había llegado el momento de llamar hacia la Conferencia de caridad la atención del pastor de la parroquia, y procurarse el estímulo que de él pudiera recibir. Recordó primero á la Conferencia las palabras de San Vicente de Paul, cuando recomendaba á sus primeros misioneros que no emprendiesen nada, en los lugares á donde fuesen enviados, sin el consentimiento del ordinario, y que considerasen hasta como un mal el bien que hubieran de hacer sin su aprobación. Y añadió: Nuestra sociedad tiene muy poca importancia para pretender la honra de que el párroco asista á nuestras sesiones; pero podemos enviarle á uno de los socios para que le dé cuenta de nuestras obras, y se cumpla de este modo el

precepto de nuestro santo patrono. El Secretario Chaurand quedó encargado de esta misión.

El presbítero Faudet había sucedido á Mr. Olivier en la cura de almas de San Esteban del Monte. Todos los martes por la mañana Chaurand se le presentaba después de Misa, le hacía conocer el estado de las obras de la Conferencia, y le pedía consejos. Por la noche participaba á sus consocios el resultado de la visita de la mañana, é indicaba las familias que tenían necesidad de socorro y sobre todo de instrucción, y que el Señor Cura recomendaba á la solicitud de la Conferencia.

Hacia la misma época, los miembros de la Conferencia tomaron parte activa en las gestiones que se hicieron con Monseñor Quelén, Arzobispo de París, para que se diera una enseñanza religiosa especialmente destinada á la juventud de las escuelas.

Desde principios de 1833, y cuando aún no había nacido la Conferencia, cierto número de jóvenes, pertenecientes casi todos á las Conferencias de derecho y de historia de la plaza de la Estrapada, habían dirigido con este objeto una petición á monseñor Quelén, designando á tres de ellos, Ozanam, Lejoulteux y Montazet, para que se la presentaran.

Querían una enseñanza que, salvando los límites de que el púlpito cristiano no se atrevía á salir, atacase cuerpo á cuerpo á los adversarios de la fe, siguiéndoles en su propio terreno, y diese respuesta á las objeciones y á los ataques que diariamente se reproducían en la prensa, en la tribuna, en los libros y hasta en las aulas. Monseñor Quelén acogió con su benevolencia habitual á los tres jóvenes que se le enviaron, y no pudiendo realizar inmediatamente su deseo, prometió buscar los medios para hacerlo el siguiente año.

Al acercarse el de 1834, se hizo nueva petición, y los jóvenes de las escuelas, reunidos en mayor número que la vez primera, designaron nuevamente tres de ellos para que fuesen sus intérpretes. La elección recayó en los mas antiguos de la Conferencia: Ozanam, Lamache y Lallier. A la petición que le dirigieron solicitando audiencia, Monseñor de Quelén hizo que se les respondiera con la siguiente esquela: «El Arzobispo de París tiene el honor de manifestar á Mr. Lallier y á sus amigos que les recibirá hoy mismo, 13 de Enero, á cualquier hora de la mañana, en el convento de las Señoras de San Miguel, número 193. París 13 de Enero de 1834.» Esta esquela, escrita de mano del presbítero Surat, Secretario del Arzobispado, fué dirigida á casa de Lallier, no porque éste tuviera preeminencia alguna en la comisión de que era el miembro mas joven, sino porque vivía en la calle de Santiago, número 185, á dos pasos de la casa de las Señoras de San Miguel, Monseñor de Quelén, sitio en que había encontrado asilo en 1831, después del saqueo de su palacio. El jefe efectivo de la comisión era Federico Ozanam.

La audiencia se verificó el día indicado en la sala de Monseñor Quelén. El Señor Arzobispo tuvo la dignación de exponer á los tres jóvenes las medidas que había tomado para realizar su deseo y el de sus compañeros. Varios predicadores, escogidos entre lo mejor de su clero, ocuparían sucesivamente, durante los domingos de Cuaresma, el púlpito de Nuestra Señora, y predicarían allí sobre asuntos que cautivasen la atención de los jóvenes oyentes.

Llevaban los tres enviados encargo de sus amigos para pedir que la enseñanza especial, objeto de la petición, se encomendara, ó al presbítero Lacordaire, á quien ellos admiraban por su palabra llena de fuego y su carácter militante, ó al presbítero Bautain, en quien apreciaban un sentido recto, así como la seguridad de sus deducciones filosóficas. Uno y otro, aunque bajo distintos aspectos, les parecían á propósito para obtener buen éxito ante una juventud en que se habían conquistado simpatías. Hicieron, pues, presente el deseo de tener uno de estos oradores, expresando francamente, y con la más respetuosa deferencia, el temor de que una serie de predicadores, de los cuales cada uno hiciera un sermón sobre un asunto diferente, no produciría los resultados que podían esperarse de una enseñanza única y sólidamente coordinada.

Mientras la conversación seguía su curso en este delicado terreno, se abrió la puerta de la sala y anunciaron al presbítero La Mennais. Monseñor de Quelén se levantó en seguida, corrió hacia él, le cogió la mano, y volviéndose á los jóvenes, les dijo:

«Aquí tienen ustedes el hombre que les convenría. Si sus fuerzas y su voz le permitieran dejarse oír, sería necesario abrir todas las puertas de la catedral, que no sería bastante capaz para contener á la inmensidad de sus oyentes.—¡Ah! Monseñor, dijo La Mennais, mi carrera ha terminado ya.» Los tres jóvenes se habían levantado en el momento de entrar la nueva visita: se despidieron del Arzobispo y se retiraron.

Al día siguiente publicaba un periódico á la cabeza del número un sucinto relato de la recepción de los tres jóvenes y del incidente relativo al presbítero La Mennais. Disgustados por esta indiscreción, Ozanam y Lallier, después de conferenciar con Lamache que no pudo reunirse con ellos, se presentaron á las diez de la mañana en casa de Monseñor de Quelén, que salió á recibirles en su antecámara, y se apresuraron á manifestarle su sentimiento por la publicidad intempestiva que había dado un periódico á la conversación del día anterior. Monseñor de Quelén hizo traer el número, que aún no había leído, y después de ojear el artículo, dijo: «Estos periodistas siempre hacen lo mismo.» Y como los dos jóvenes le reiteraban sus excusas, se acercó á ellos para tranquilizarlos, rodeó con los brazos sus cabezas, y atrayéndoles hacia sí, los abrazó paternalmente añadiendo: «Los predicadores que destino á ustedes están reunidos en la sala. Voy á presentarlos á ustedes, y mientras almuerzo, explíquenles ustedes lo que desean.

Introducidos, en efecto, en la sala, se encontraron los dos amigos en presencia de los oradores designados para llevar la palabra en la iglesia de Nuestra Señora durante la Cuaresma. Hecha la presentación, y luego que se retiró el Señor Arzobispo, se entabló la conversación entre los jóvenes que trataban de explicar, lo mejor que podían, la clase de enseñanza que deseaban, y los predicadores, que trataban de satisfacer á todas sus indicaciones. El diálogo tomó animación, y mientras los más tranquilos hablaban de pie cerca de la chimenea, el presbítero Thibaut, después Obispo de Montpellier, discutía vivamente con Ozanam, paseándose por el salón. Se hallaban en el extremo opuesto á la puerta, hablando en voz alta, cuando entró el Señor Arzobispo. El presbítero Thibaut, extendiendo hacia él los brazos, exclamó: «Monseñor, Monseñor, nos entendemos con estos señores, nos entendemos perfectamente.—Si ustedes no se entienden, dijo el Arzobispo sonriéndose, al menos á ustedes se les oye bien.» Los jóvenes se retiraron, después de dar gracias al Señor Arzobispo por su extremada bondad.

De vuelta de esta visita, persuadidos de que las disposiciones que se habían tomado no tendrían para con la juventud el éxito que deseaban, redactaron en casa de uno de ellos, sin perder momento, una Memoria para el Señor Arzobispo. Ozanam estaba posesionado del asunto, las ideas se agolpaban á sus labios y salían de ellos á torrentes. Los dos amigos tomaron la pluma, y dictándose recíprocamente, con rápido y animado cambio de ideas y de expresiones, en que Ozanam tenía casi siempre la iniciativa, formularon, en términos claros y precisos, las cuestiones que les parecía importante tratar, y de las que casi todas se referían á la acción social de la Iglesia. Sacaron en seguida, con los dos borradores, una copia en limpio de esta Memoria, ó más bien programa, é inmediatamente se le entregó á Monseñor de Quelén. Se ignora qué suerte corrió aquel modesto trabajo.

El *Univers* del 8 de Febrero siguiente publicó el mandamiento para dar principio á las Conferencias en Nuestra Señora, que en la Cuaresma de 1834 pronunciaron los siete predicadores designados, en medio de una afluencia considerable de hombres de todas edades y condiciones. Al mismo tiempo, pero á horas diferentes, el P. Lacordaire daba sus primeras Conferencias en la Capilla del Colegio de Estanislao, á las que asistían principalmente los jóvenes. La última terminó por un llamamiento á la caridad del auditorio en favor de un pobre artista, que se había quedado inútil á los 30 años, y lo visitaba en nombre de la Conferencia de San Vicente de Paul el joven pintor Janmot, uno de sus individuos.

La Conferencia de caridad sintió los efectos de la actividad y del entusiasmo de la juventud que acudía al pie de las cátedras cristianas. Desde su primera sesión, en Mayo de 1833, se habían puesto los socios bajo el patrocinio de San Vicente de Paul. El 4 de Febrero de 1834, á propuesta de Leprevost, se pusieron más aún bajo la protección de tan gran santo, añadiendo á la oración: *Veni sancte spiritus*, la invocación: *Sancte Vicenti á Paulo, ora pro nobis*, y resolviendo celebrar en adelante todos los años su festividad el 19 de Julio. En la misma sesión pidió Ozanam que la Sociedad se pusiese bajo la protección de la Santísima Virgen, escogiendo una de sus fiestas para honrarla especialmente. Lhermite propuso la fiesta de la Inmaculada Concepción. Ambas proposiciones fueron aprobadas por unanimidad, y se añadió el *Ave Maria* á las oraciones que se decían en las sesiones. El número de socios al fin de la Cuaresma de 1834, era más que doble. Una ceremonia conmovedora vino á dar á su celo un nuevo empuje.

(Se continuará.)

<sup>1</sup> Véanse los números de la *Tribuna católica* de 15 de Mayo, 4, 12 y 28 de Junio, 4, 6, 8, 14, 24, 28 de Julio, y 3 de Agosto de 1833.



## BIBLIOGRAFÍA

*Higiene doméstica*, por el Dr. L. SÁNCHEZ DE CASTRO, de la Sociedad Española de Higiene, 2.ª edición, León, 1883.

Habíamos oído elogiar este libro cuando se publicó la primera edición, que no llegó a nuestras manos; pero ciertamente, al leer la segunda nos hemos persuadido de la justicia de aquellos elogios, viendo en esta obra, tan breve como nutrida de saludables consejos, un fruto digno del talento, de la ilustración y de la experiencia médica del Sr. Sánchez de Castro, el cual ha adoptado en este trabajo un método nuevo para la exposición de las leyes y consejos higiénicos, que consiste en formular primero la doctrina y desarrollarla luego en preguntas y respuestas: «De este modo, dice el autor, al par que cartilla para las escuelas, hacemos un trabajo cuya lectura puede ser de alguna utilidad a las madres y maestras.»

Peró no consiste en esto el principal mérito de la obra del acreditado médico de León; su especial estima debe atribuirse a las ideas cristianas que dominan en su trabajo, las cuales vivifican, por decirlo así, las leyes de la higiene, dándoles un carácter tanto más saludable y fecundo, cuanto más completamente abarcan todos los elementos de la vida del hombre. Porque sabido es que el hombre no vive sólo de pan, y si la higiene es el arte—más bien que la ciencia—de conservar la vida, la mejor higiene será aquella que atiende a todas las necesidades del hombre, partiendo de los sanos conceptos de la antropología cristiana. Un autor lo ha dicho: «El Evangelio es un admirable tratado de higiene; seguir sus máximas es el medio más eficaz de conservar la vida no sólo del alma, sino del cuerpo.»

La higiene del Sr. Sánchez de Castro responde a estas ideas, y dicho se está que es un libro altamente recomendable, que deben leer todas las madres, para atender al cuidado de su familia. A continuación publicamos la lección X, como muestra de este precioso libro que se vende por una peseta en las principales librerías del reino:

## LECCIÓN X.—De la religión y la moral.

La Religión, por lo cual damos a Dios el culto de amor y adoración que le es debido, y la Moral, que regula nuestras acciones y nuestras costumbres según los preceptos de aquella y las enseñanzas de la recta razón, son dos elementos indispensables a la salud y a la felicidad humana.

La Religión católica, única verdadera, enseñándonos a sufrir con paciencia las desdichas y contrariedades de la vida; a moderar nuestros apetitos y a esperar en un mundo mejor el eterno descanso y el eterno bien; la Religión católica, que nos veda todo pecado y todo exceso; que con sus sacramentos da sosiego a la conciencia, y con sus promesas resignación y alientos al ánimo afligido por el infortunio, es el auxiliar más poderoso de la higiene, en el individuo y en la familia.

La práctica del culto, y el descanso del domingo y demás festividades prescritas por la Iglesia, contribuyen también al equilibrio y fortaleza del sistema nervioso, y, por tanto, al bienestar físico.

Nada más perjudicial que los pecados, que la Religión anatematiza; nada más higiénico que las virtudes, que ella ensalza y la moral cristiana preceptúa.

La soberbia, la avaricia, la lujuria, la ira, la gula, la envidia y la pereza, pueden, por sí solas, causar más estragos en el organismo que todas las causas físicas reunidas.

Síncope, accidentes, nerviosos de todas clases, desfallecimientos, convulsiones... hasta la locura y el idiotismo, pueden reconocer por origen el dominio de una pasión en el hombre.

Por el contrario, ¡qué de beneficios no se reportan de las virtudes! Por la prudencia, aprendemos

a admitir ó rechazar las acciones, según que sean convenientes ó nocivas; la justicia, nos hace equitativos en todo; la fortaleza, nos sostiene en el buen camino, así en la próspera como en la adversa fortuna; la templanza, por último, nos hace moderados en la mesa y en toda clase de deleites.

Con lo cual, el hombre y la mujer que observan fielmente la Religión y la Moral, se conquistan, por su honradez y buenas acciones, no solo el aprecio público, sino también la longevidad y la salud.

Por la práctica de las virtudes cardinales dichas, adquiere todas las demás que de ellas se derivan;

es ser buenos, lo serían hasta por egoísmo, y el de que «ningún libro de higiene más a propósito para los niños que el Catecismo de la doctrina cristiana.»

— ¿Qué cosa es Religión?

— Dar a Dios culto verdadero.

— ¿Puede haber más religión verdadera que una?

— No, señor, puesto que la verdad no puede ser sino una, ni hay más que un solo Dios.

— ¿Cómo daremos a Dios el culto ú homenaje que le es debido como Criador y Señor nuestro?

— Pues qué, ¿dañan a nuestra salud las pasiones?

— Sí, señor, pues ellas solas pueden ser causas de innumerables enfermedades. Así, por ejemplo, la ira, puede producirnos ataques cerebrales y nerviosos; la gula, flatos, indigestiones, irritaciones, cólicos, etc., y la lujuria, debilitarnos, extenuarnos, ponernos tísicos y conducirnos tempranamente a la muerte.

— ¿Y cómo lograremos vernos libres de las malas pasiones?

— Siguiendo las sendas que nos traza la sana moral.

— ¿Cuándo se dice que una persona es de buena conducta moral?

— Cuando, huyendo de los vicios, practica las virtudes, y cumple los deberes que, en su respectiva condición y estado, le impone la Religión.

— ¿Qué cosa es virtud?

— Un hábito que inclina a bien obrar.

— ¿Cuántas son las virtudes?

— Las principales son siete: tres, llamadas *teologales*, porque tienen a Dios por objeto, y son: Fé, Esperanza y Caridad. Y cuatro, que se llaman *morales*, porque miran al arreglo de nuestras acciones, y

— Veamos cómo.

— Por la *Prudencia* guiamos el entendimiento en la aceptación de las obras que debemos hacer, y por la *Justicia*, nos resolvemos a dirigir la voluntad por los caminos de rectitud: con lo cual logramos la paz del espíritu y el aprecio público; bienes inapreciables que nos evitan no pocas enfermedades, librándonos de los disgustos, sobresaltos y sinsabores, que tanto dañan a la salud.

— ¿Cómo obra en nosotros la Fortaleza?

— Dándonos igualdad de ánimo en todas ocasiones, y valor en el cumplimiento de nuestro deber; con lo cual podemos evitar los desfallecimientos, síncope, accidentes y tristezas, que son consecuencia del miedo y la pusilanimidad.

— ¿Qué cosa es Templanza?

— La moderación de los apetitos carnales.

— ¿Cómo influye en nuestra salud?

— Oponiéndose, por la castidad, a la lujuria, fuente de las más crueles enfermedades; y por la sobriedad, a la gula, germen de no pocas dolencias, y sendero que lleva a la embriaguez; estado el más triste y funesto a que puede llegar una persona.

— ¿Y qué otro bien especial puede acarrear la virtud de la Templanza?

— El pudor; sentimiento nobilísimo que nos aleja de toda mala acción ó palabra, nos hace aborrecer y repugnar la desvergüenza, y es, el más bello encanto de la mujer, que sin él no puede ser estimada.

— ¿Cómo se consigue esta virtud?

— Por la práctica del culto, huyendo de las ocasiones y de las lecturas y espectáculos provocativos, y con la abstinencia de ciertos alimentos y viandas, que en determinadas épocas pueden comunicar un vigor excesivo a los órganos.

— Según eso ¿es higiénico el ayuno?

— Mucho; a menos que el mal estado de la salud, el excesivo trabajo ó la edad, no lo permitan prudentemente.

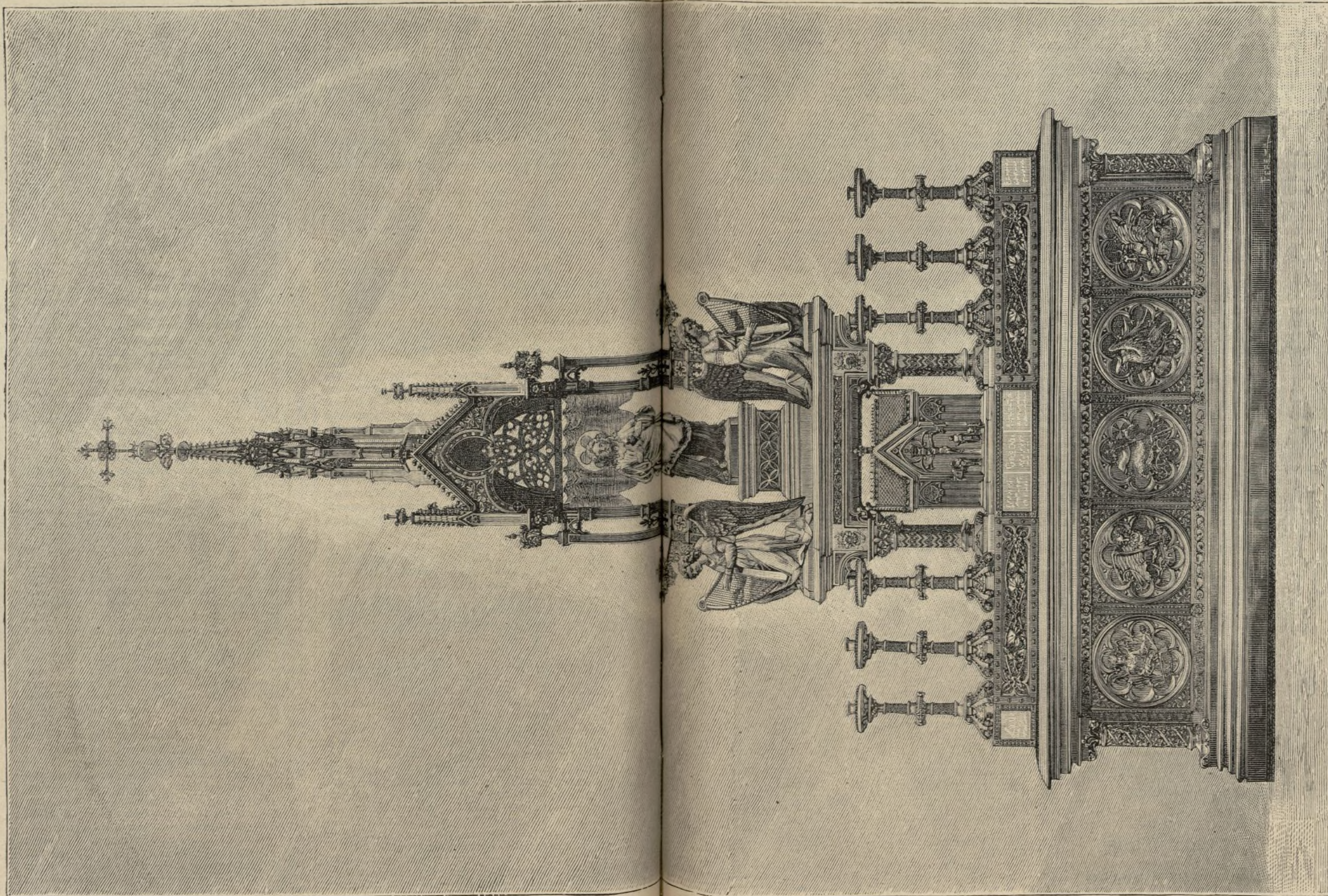
El Rdo. P. Fr. Juan M. Marquina, rector del Colegio de Misiones para Tierra Santa y Marruecos de la ciudad de Santiago, y uno de los más doctos y virtuosos hijos del Serafín de Asís, en la provincia de España, ha publicado la esmerada traducción de un libro delicioso, elegantemente impreso en la Tipografía Gutenberg, titulado: *Mes de María de las almas interiores*, ó sea *la Vida de la Santísima Virgen, propuesta por modelo a las almas interiores*.

Aunque la literatura religiosa ha producido innumerables libros relativos a la Madre de Dios, yo no sé lo que tiene este dulcísimo asunto, que jamás se agota; sino al contrario, continuamente ofrece nuevos y variadísimos temas al genio cristiano. El libro de que hablo es una prueba: tomando por objeto la piadosa práctica de las *Flores de Mayo*, el autor ha escrito una obra originalísima y tan encantadora, que no puede menos de ser bien recibida por las almas devotas de la Santísima Virgen. «Hemos reunido, dice, lo mejor que los autores espirituales más estimados, los guías más prácticos y seguros en los caminos de Dios, y los mejores ascéticos, dejaron escrito acerca del interior de la *Hija del Rey*, formando así un pequeño libro, propio para ilustrar y edificar a las almas piadosas durante el mes de Mayo, tan digna y justamente consagrada a la gloria de María Santísima.

En efecto; la obra traducida por el P. Marquina, es un jardín de flores, pero flores de rico y exquisito aroma, en que parece aspirarse el de los cielos, y aunque está destinada al mes de Mayo, en todo tiempo puede leerse y practicarse con encanto y con provecho de las almas interiores a que principalmente se consagra.

La traducción es castiza, elegante, y no tememos aventurar nada, diciendo que de seguro adelantará

ARTE CRISTIANO.



ALTAR DE BRONCE DE ESTILO GÓTICO MODERNO  
Construido por el fabricante catalán D. Francisco Isaura, para la Iglesia de Comillas, erigida por D. Antonio López.

— Observando fielmente su santa ley; ó sea cumpliendo los preceptos y prácticas de la Religión.

— ¿Qué beneficios reportamos de esto?

— Incalculables; pues además de los bienes espirituales que por ello alcanzamos, nos libramos de muchas y muy terribles enfermedades.

— ¿Por qué?

— Porque pensando en Dios y sirviéndole y amándole, podemos contar con eficaces auxilios para dominar nuestras malas pasiones, refrenar los apetitos desordenados, y sobrelevar con paciencia las adversidades y trabajos de esta vida.

— ¿Qué es la Moral?

— El arreglo de nuestras acciones según las enseñanzas de la Religión.

— ¿De cuántas clases es la Moral?

— La Moral verdadera, como la verdadera Religión, no puede ser sino una, que nos conduce hacia Dios, como último fin.

— ¿Quién ha enseñado a los hombres la Religión y la Moral verdadera?

— Jesucristo.

— Y nosotros ¿de quién hemos de aprenderla?

— De la Iglesia católica, apostólica romana.

también *cardinales*, ó de las cuales todas las demás se derivan, y son: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza. Por las dos primeras se regulan las facultades intelectuales; por las otras dos las afectivas.

— ¿Cuáles son las virtudes derivadas?

— La humildad, la largueza, la castidad, la paciencia, la sobriedad, la caridad del prójimo y la diligencia: cada una de las cuales se contraponen a uno de los siete vicios ó pecados capitales.

— ¿Y qué beneficios higiénicos reportamos del ejercicio de las virtudes?

— Innumerables.



en muchos conceptos al original francés; la lengua española y manejada por pluma tan castiza como la del docto franciscano, préstase como ninguna otra á las dulces meditaciones de la piedad y á la exposición de los misterios de la vida interior de las almas.

Dicha obra se halla de venta en las principales librerías al precio de 14 reales.

*Pablo Gómez*, tal es el título de una novela que acaba de dar á luz el Sr. D. Ramón Segade Campamor, dignísimo abogado de la Coruña, atento colaborador de nuestra Revista y literato de buena raza y de sanísimas ideas.

El fin altamente moral de la novela, consiste en poner de relieve las funestas consecuencias de las malas pasiones políticas de estos tiempos, los males que acarrearán las revoluciones y motines, y el refugio seguro que ofrece la Religión á los naufragos de las tempestades de la vida moderna.

Sobria en la narración, interesante siempre, animada en las descripciones, bien ordenada en el plan, la novela del Sr. Segade se recomienda al propio tiempo por la verdad de los personajes, cuyos caracteres están perfectamente presentados y sostenidos, y por las ideas y sentimientos que en ella dominan, propios del cristiano ingenio del autor.

Cuando tantos estragos causan las malas novelas, ora importadas de Francia, ora salidas del cieno del torrente de la literatura periodística madrileña, una obra como la del Sr. Segade merece ser recompensada con el favor y la simpatía del público sano, para que estimulado con el buen éxito el autor, produzca otras nuevas que contraresten la mala influencia de las que por desgracia llenan las librerías y corrompen á tantas gentes.

Nosotros felicitamos al Sr. Segade por su libro, que hemos leído con vivo interés, trabando estrecha amistad con sus personajes, desde el bueno de Don Basilio, enamorado de los clásicos griegos y latinos, hasta la locuaz Doña Gertrudis, atormentada por las manías patrióticas de su marido, y amparada en su viudez por el bendito D. Marcelino, modelo de sacerdotes prudentes y virtuosos.

No desfallezca nuestro buen amigo en su tarea, que libros como el suyo son bálsamo que cura muchas heridas y jarabe que endulza y suaviza los paladares más estragados por las malas lecturas: su novela es un libro bueno y un buen libro.

Se vende á 3 pesetas en la Coruña, librería de Noveira, Luchana, 46, y en Madrid, Bailly-Baillière y Fé.

*Santa Teresa de Jesús y la crítica racionalista*, se titula una obra del Dr. D. Juan Maura, lectoral de la Santa Iglesia de Mallorca, premiada en el certamen celebrado en Salamanca en 15 de Octubre de 1882, con motivo del tercer centenario de la muerte de la Santa.

El Sr. Maura, aunque por su gran modestia, testimonio de su verdadero mérito, es poco conocido entre nosotros; como teólogo, como filósofo, como escritor enérgico y elegante, es acreedor á la más alta estima, y debería figurar en primera línea en la brecha de la prensa católica, y más aún en la palestra de la polémica filosófica contemporánea. Nosotros habíamos leído varios artículos suyos en la revista *El Ancora*, que bajo su dirección se publica en Palma de Mallorca, y enamorados de su claro entendimiento, fácil discurso y elegante estilo, ansiábamos leer alguna otra obra suya de más importancia que los artículos periodísticos, escritos á vuelapluma. La obra sobre Santa Teresa ha colmado la medida de nuestras esperanzas, pues tanto por la novedad del asunto, como por la claridad, método y estilo con que está redactado, es un trabajo interesantísimo y digno en todos conceptos de singular alabanza.

Consta el trabajo de una introducción donde se expone lacónicamente el plan de la obra, de cuatro artículos y de varios apéndices. El primer artículo trata de la realidad del orden sobrenatural y del misticismo cristiano; el segundo, del talento filosófico y aptitud de Santa Teresa, para juzgar de los fenómenos internos del orden sobrenatural; el tercero, de la realidad de los hechos internos sobrenaturales afirmados por Santa Teresa; y el cuarto y último, del carácter del misticismo de Santa Teresa de Jesús. Los apéndices no son sino ampliaciones de los artículos, mereciendo especial mención los relativos al artículo segundo, que son cuatro: Teología mística, Psicología mística, Cosmología mística y Ontología mística.

Diremos para resumir, que el trabajo del Sr. Maura, inspirado en las obras de Santa Teresa, y singularmente en las *Moradas*, es uno de los estudios más originales y más interesantes que se han publicado hace tiempo sobre la mística doctora de

Avila. Este sería bastante título á la estimación del público, si no reuniese los que anteriormente dejamos estampados.

Hace próximamente dos años, que un amigo nuestro nos dió á leer un libro con este título: *Demonstración de la armonía entre la Religión y la ciencia*. Su autor, que nos fué desconocido, era Don Antonio Comellas y Cluet, presbítero. Leímos aquel libro y nos sorprendió el talento filosófico del autor, su vasta erudición, su dominio de la lengua castellana y la novedad y elevación de los vuelos de su pluma. Al devolver el libro á su dueño, que lo era un docto religioso, le manifestamos la sorpresa que nos había causado y la alta idea que nos había hecho formar del mérito de su autor.

Con estos antecedentes, recibimos há poco la nueva obra del Sr. Comellas y Cluet, titulada:

*Introducción á la Filosofía, ó sea doctrina sobre la dirección al ideal de la ciencia*. — No hemos tenido tiempo más que para hojearla, pero desde luego con sólo pasar la vista por sus páginas, se observan las mismas cualidades de la *Demonstración*, realizadas en cierto sentido por el carácter más fundamental y sintético del asunto, que abraza y compendia las bases de toda ciencia filosófica y la clave de los conocimientos humanos. El autor demuestra con profundos razonamientos, donde pasa revista á los principales sistemas filosóficos modernos, que el ideal de la ciencia sólo puede hallarse á la sombra del catolicismo, el cual inspirado en celestial doctrina, enseña y sustenta en el mundo los principios esenciales de la verdad, sobre que descansan todas las ciencias.

La *Introducción á la Filosofía*, del Sr. Comellas, es un libro magistral, de esos pocos que pasarán á la posteridad, la cual les hará más justicia que la que pueden esperar de sus contemporáneos. «Una consideración que contrista y desalienta, dice el docto censor eclesiástico, asalta al que suscribe y no le abandona un solo momento al leer y releer las páginas de este libro, estimable bajo muchísimos conceptos, es la consideración de que sin duda alguna serán contados los lectores que va á tener este libro; que á su autor le cuesta largas vigiliias, penosos insomnios y un estudio comparativo de todos los filósofos de talla, así antiguos como modernos, que han escrito y discurrido sobre psicología y sobre lógica en la esfera de lo transcendental. Contrista mirar cómo gran parte de nuestra juventud va en pos de libros insustanciales en todos los ramos del saber, para salir del paso mientras se sienta en el banco de las aulas, y que los de edad adulta digan que les falta tiempo y humor para engolfarse en libros de in folio, y que sienten repulsión para todo lo que tiene sabor á problemas ó investigaciones metafísicas.»

Esto es lo cierto, y por eso decíamos anteriormente que obras como las del Sr. Comellas serán mejor recibidas de la posteridad que de los hijos de este siglo lastimosamente extraviados.

Véndense los dos libros del Sr. Comellas, la *Demonstración* y la *Introducción*, á 20 y 24 rs. respectivamente en las principales librerías.

Acabamos de recibir dos obras notables; las que dejó en prosa el malogrado D. Enrique Gil, coleccionadas por D. Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera é Isla, y la segunda edición de los *Versos*, de nuestro querido amigo el susodicho Sr. D. Fernando de la Vera, precedidos de una introducción en verso por D. José Zorrilla.

De estos y otros libros que tenemos sobre la mesa, hablaremos en artículo separado, para no fatigar la atención de nuestros lectores, con daño de las obras que aquí recomendamos.

N.

## LOS GRABADOS

### VISTA EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE LIMA EN EL PERÚ

La ciudad de Lima, capital del Perú, fué fundada por Pizarro en 1535 y ha pertenecido á España hasta el 28 de Julio de 1821. Ha sido por muchos años la ciudad más bella y más rica de la América Meridional; pero los temblores de tierra y las discordias civiles han causado en ella grandes estragos, que han detenido sus progresos.

Como todas nuestras ciudades de América, una iglesia fué el primer edificio para que se abrieron cimientos, y después comenzaron á edificarse los *cuadros* ó cuadrados, división que previno las calles estrechas de las ciudades de Europa, dando amplitud y desahogo á la población, como convenia al clima de aquellos países.

Era Lima, en la época de su separación, una ciudad muy religiosa, de la cual aún conserva consoladores vestigios; bastará decir que poseía 22 conventos de distintas Ordenes, 17 de monjas y 4 de *beatas*, denominándose así á los religiosos que sin hacer votos vivían retirados en casas de religión ó beaterios.

En el sitio mejor de Lima, en la *Plaza Mayor*, se halla situada la Catedral, edificio suntuoso, levantado en 1584 por el arquitecto Francisco Becerra, vecino de Trujillo en Extremadura, nieto del famoso Hernán González, maestro mayor de la Iglesia de Toledo y amigo y albacea de Alonso de Berruguete.

Este distinguido arquitecto, después de darse á conocer por varias obras ejecutadas en su pueblo y en Guadalupe, pasó á Indias en la servidumbre del licenciado Granero de Arévalo y ejecutó numerosas obras en varias poblaciones de Nueva-España. Por aquel tiempo pasó del vireinato de Nueva-España al del Perú D. Martín Heriquez, hombre de grandes talentos y muy celoso del culto divino. Conociendo el valer de Becerra, le llamó á Lima para que trazase y construyese la Catedral, pero habiendo fallecido el virey, la Audiencia de Lima mantuvo sus buenos propósitos y confirió el cargo de maestro mayor á Becerra, asignándole 800 pesos anuales por el tiempo que durasen las obras.

La Catedral es del género especial que se usó en América por este tiempo, elegante y fastuoso, pero recargado en demasía. En su interior llegó á atesorar riquezas sin cuento; el altar mayor, forrado de plata, las rejas y balastradas doradas, de un precio enorme, las colgaduras de seda y brocado, constituían, sobre todo, en las grandes solemnidades, un conjunto de esplendor y grandeza que excedía á toda ponderación.

Cuando vemos despedazarse á estos países, amamantados en el regazo de nuestra madre patria, no puede uno menos de volver los ojos á los pasados siglos y recrearse con la memoria de aquella civilización, que pobló á América de suntuosos templos, monumentos que han sobrevivido á las catástrofes políticas, para mantener en tan remotos países la memoria de España.

### ALTAR DE BRONCE DE ESTILO GÓTICO MODERNO

Construido por el fabricante catalán D. Francisco Isaura, para la iglesia de Comillas, erigida por D. Antonio López.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se complace en dar publicidad á los trabajos de restauración del arte cristiano, llevados á cabo en España, y que tanto enaltecen el talento y laboriosidad de nuestros artistas, por lo mismo que carecen de aquellos estímulos que son la recompensa de los artífices extranjeros.

No es la primera vez que aplaude obras salidas de los talleres del Sr. Isaura, el cual debe figurar en primera línea entre los fabricantes de objetos religiosos, por la buena calidad de sus metales, el buen gusto de sus modelos y la economía y probidad de sus tratos.

Publicamos hoy el grabado de una de sus mejores obras. Después de visitar el difunto marqués de Comillas las principales fábricas extranjeras de objetos de iglesia para encarar un altar suntuosísimo de bronce con destino á la iglesia contruida por él, en su pueblo natal, no halló cosa más á su gusto que los modelos del Sr. Isaura, al cual confió la obra, que hoy yace colocada en el lugar de su destino.

Hé aquí una descripción tomada de *El Porvenir de la Industria* que se publica en Barcelona:

«Cuatro grandiosos medallones encuadrando los cuatro Evangelistas y en medio de ellos el Cordero inmaculado, forman la ornamentación del frontal ó frontis de la mesa, todo estudiado y perfectamente adornado con detalles afiligranados del mayor gusto y riqueza artística.

«El cuerpo inmediato, superior á la mesa, sirve de rico basamento al Sagrario; en la puerta de éste y en su centro hallase esculpida la imagen del Salvador, y en los lados las efigies de la Virgen y del Bautista forman conjunto estético con la espléndida ornamentación de los atributos eucarísticos y de la Pasión de Jesucristo en coronas de espinas y pasionarias, expresados con propiedad y arte, insinuando el simbolismo de la iconografía cristiana y revelando todo ello delicado dibujo y ejecución esmerada.

«Cuatro columnas ornamentadas por alegorías de combinación hábil y acertada sirven de sostén ó base á la segunda parte del altar, y próximo á las mismas van en actitud de pulsar la citara y de respetuoso acatamiento hacia el autor de todo ser, dos esbeltos y hermosos ángeles correctos en dibujo y de modesta elegancia en su ropaje, que inspiran verdadero amor y respeto hacia el autor del Universo, cuya imagen viene cobijada bajo esbelto doselete que corona el signo de la redención en la parte de altar que no figura en la Exposición de artes decorativas. El altar completo medirá unos ocho metros de altura por tres de anchura con un peso total de más de 2.000 kilogramos.

«Dos preciosos lustres góticos de buen corte amenizan con el altar expuesto, completando la ornamentación del Sagrario seis candeleros ó credencia de exquisito gusto y esmerada construcción, también en bronce pulimentado, que por los diferentes tonos impresos producen el efecto de un antiguo esmalte.

«Débese concepción tan acertada á la inspirada mente del reputado arquitecto D. Juan Martorell, y aun cuando en el dibujo descúbrese algún tanto el eclecticismo hoy día dominante y algunos trazos que tal vez pudieran confundirse con los buenos ejemplares de Bizancio, no cabe apreciarlo de otro modo que como ejemplar de ese gótico llamado científico ó reformado, iniciado en Francia, con mucho acierto, por el malogrado *Violet-le-Duc*.

«Los moldes para las estatuas, fruto son de la hábil mano del escultor Sr. Roig, y los correspondientes á los bajo-relieves al ingenio del Sr. Cerdá, ambos bien conocidos y apreciados en el arte por la manifestación pública que han venido haciendo de obras de reconocido mérito.»

### PEDRO PABLO RUBENS,

célebre pintor del siglo XVII.

Nació este esclarecido artista, cuya principal gloria se reflejó en España, el 28 de Junio de 1577 en Amberes; murió en su ciudad natal el 30 de Mayo de 1640. Nacido de





una familia noble, veinte años después de la muerte de Carlos V, al salir de esa época brillante que tan bellas páginas dejó escritas en la historia de la civilización, era uno de aquellos hombres de vida elegante y animada, que vivían en las Cortes y conversaban con los reyes, llevaban con gracia la espada de guerrero, las plumas y bordados a la italiana, la barba a lo Francisco I, el airoso traje español y la gorguera y capa corta.

Reducido a la condición de paje en casa de la condesa de Laloring, por vicisitudes de la suerte, se disgustó de la conducta de su ama, y al poco tiempo pasó a casa de Adam Van Port y a la de Van Veen, donde comenzó su carrera de artista. La delicadeza de sus sentimientos y sus raras dotes para el dibujo le granjearon muy pronto la estima de sus maestros, los cuales le aconsejaron que fuese a Italia, donde podría avivarse la llama de su ingenio. Siete años fué paje del duque de Mantua, y después le vemos visitando las ciudades de Roma, Venecia y Génova, estudiando por todas partes los cuadros de los grandes artistas, y dejando por do quiera algunas pruebas de su talento, cual si se hubiera inspirado en los rasgos de sus gloriosos predecesores Ticiano y el Veronés.

Hombre de su tiempo, arriesgado, brillante é ingenioso, a la vez que grande artista, fué buscado por los primeros personajes de su tiempo. Si el Archiduque Alberto le recomendó al duque de Mantua, éste a su vez le envía con magníficos presentes a España, donde nuestro pintor estudió ese tono vigoroso y atrevido que caracteriza la escuela española. De aquí partió colmado de honores, no sin dejar en el retrato de Felipe IV y en otras obras notables huellas luminosas de su paso.

Sorprendido en la época más próspera de su vida por la muerte de su madre, se retira de la vida elegante a la soledad de un claustro, donde pasa cuatro meses dedicado a la oración y al cultivo del arte. Vuelve de nuevo a la sociedad, y para suplir a los espléndidos palacios de Italia, se construye en Amberes, en medio de las casas góticas de sus conciudadanos, una magnífica habitación adornada en su interior de frescos, encerrando en ella una preciosa colección de medallas, de vasos antiguos, y sobre todo, de bustos y de cuadros. Desde esta época se fijó definitivamente su talento. El triple gusto italiano, español y flamenco dieron incomparable novedad a su pincel, imposible de confundir con ningún otro. De entonces datan su famoso *Descendimiento* para la Catedral de Amberes, los cuatro Evangelistas para los jacobinos, el *Crucifijo de San Pedro*, para la iglesia de San Pedro de Colonia y la serie de veinte cuadros existente en el Museo de París que representan escenas de la *Vida de María de Médici*, obras todas en que se combinan la energía y audacia vigorosa de Velázquez, la facilidad y brillante magia de la escuela italiana y el carácter especial de la escuela flamenca, la riqueza y frescura del colorido con la valentía vigorosa de los grupos. Allí es donde verdaderamente está el título de la gloria de Rubens y hacen notar sus apasionados la analogía del nombre (*Rubens*, palabra latina que significa rusiente) con su genio de colorista. Sería no tener de su mérito más que una idea imperfecta, si se le mirara solo como un gran pintor, igualmente dichoso en los asuntos de historia, el retrato, el paisaje de todo género, ó como un excelente grabador; sobre todo, después de la época en que fijó su residencia en Amberes, que es cuando se desenvuelve toda la valiente actividad de su naturaleza privilegiada. Los pintores de paisajes, Breguél entre otros, le buscaban para que cubriera de figuras sus cuadros; los más grandes historiadores, los poetas más ilustres de todas las naciones sostuvieron correspondencia con él; el Archiduque Alberto, en su lecho mortuario recomendó a su esposa Isabel a Rubens, consejero excelente según decía, en los negocios del Estado; en 1625 el pintor diplomático entendió en negociaciones de paz entre España é Inglaterra, y las concluyó en 1630 con el canciller Gottington, siendo creado caballero por Carlos I rey de Inglaterra. Esta rara y bella generalidad iba unida en él a una sencillez de buen gusto; descubriéndose el secreto de esta variedad de ocupaciones y sucesos que obtenía en todas cosas, en la razón natural, que lo aclarara todo, en la regularidad activa que alarga la vida y puede dilatar el tiempo, fijando el empleo de las horas. Gracias a esta facultad, aquel hombre, ilustre pintor, pudo desplegar sus diversos talentos sin dejar de ser un gran artista. Sus cuadros atrevidos y brillantes como su vida, participando de España é Italia, son la expresión del genio belga de aquella época, genio más sensual y más profundo que delicado y exquisito. Rubens debió aquella feliz existencia, no sólo a los dones naturales de que Dios le dotó, sino a la elevación de sus sentimientos, a su actividad infatigable y arreglada. Cubierto de gloria y honores, espiró apaciblemente en 1640 en Amberes, donde se ve hoy a la entrada su estatua de bronce. Sus cuadros están destinados a una larga existencia en la posteridad; y transmitirán por muchos siglos a los artistas el glorioso nombre de Rubens.

F.

## CARIDAD

CUENTO

XII

LO QUE PUEDE VALER UNA MANTA

Demos, hermanito mío, otro salto en el tiempo y en el espacio; ó sea, de algunos años y algunas leguas.

Estamos en Valencia, y corre el mes de Setiembre de 1555.

La pintoresca ciudad, llamada con razón *el jardín de España*, está enlutada y mustia, como si el huracán hubiera dispersado las hojas de sus flores: pavoroso

silencio reina en sus calles y plazas, que a pesar de ser las once de la mañana, apenas recorre alguna que otra persona con el rostro abatido y enrojecidos los ojos. Todas las campanas lanzan al viento gemidos en vez de notas, y parece que su vibrante sonido extendiéndose por los aires, se pierde en las regiones del cielo llevando en sus ondulaciones plegarias y suspiros de todo un pueblo. Allá a lo lejos, se oye de pronto resonar, salido de miles de labios, el conmovedor acento del *Miserere*, y asoma por el extremo de la calle un grande crucifijo cubierto de velo negro, como el clérigo que lo lleva. Detrás de él viene en dos filas innumerable muchedumbre: sacerdotes con negros ornamentos, religiosos con el venerable rostro compungido, nobilísimos caballeros, ilustres damas, delicadas doncellas con los pies desnudos, enlutadas y cubierto el rostro con un velo, al través de cuyo tejido se ven brillar abundantes lágrimas; y en pos de estos, gran multitud de gente del pueblo, hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos, todos llorando, pero con el silencio aterrador del dolor reconcentrado en el alma. La triste procesión penetra en la Iglesia de Santo Tomás: de pie en medio de la multitud arrodillada, canta un sacerdote en latín:

— Señor; no somos dignos de que nos escuchéis: merecemos ser castigados por nuestras culpas...

El sacerdote no puede continuar: su voz que gradualmente se había ido entrecortando por los sollozos, se apaga por completo al llegar a estas palabras; un torrente de lágrimas brota de sus ojos, y aquella muchedumbre postrada al pie de los altares, prorrumpe en inmenso grito de dolor, y llenan el templo lamentos, sollozos y suspiros.

— ¡Señor, tened misericordia de nosotros! — gritan unos.

— ¡Librad de la muerte a nuestro santo Arzobispo! — dicen otros.

— ¡Salvad a nuestro bienhechor! — claman todos. — ¡Nuestro padre, nuestro ángel, nuestra providencia, nuestro único amparo! — añaden con doble fervor los pobres, las viudas, los huérfanos, todos los pobrecitos desvalidos...

— Pero en ti confiados — continúa por fin el sacerdote con tembloroso acento — *esperamos alcanzar lo que pedimos... Santo Tomás Apóstol, ruega por nosotros.*

— ¡Ruega por nosotros! ¡Ora pro nobis! — repite el pueblo con ese grito inmenso y lleno de angustia que conmueve las bóvedas de los templos católicos cuando los hijos de la Iglesia se sienten amenazados de alguna terrible calamidad.

Detrás de un pilar, un pobre anciano, de rodillas, apoya la encanecida cabeza en las manos cruzadas sobre un báculo que le sirve de sostén, y llora, y reza, y agota toda la fuerza de sus pulmones para unir su voz a aquel grito que pide misericordia:

— ¡Ora pro nobis!

Terminado el acto religioso, la gente se va retirando compungida y silenciosa, y después de hacer algunas preguntas a la puerta del palacio Arzobispal, se retira a sus casas con el mismo silencio y la tristeza misma. Sólo nuestro anciano permanece en la iglesia, y ora, y ora... Tiemblan á veces sus piernas; a pesar del apoyo del báculo, su cuerpo se rinde, entonces descansa un momento sobre el pilar, y vuelve luego a levantarse y continúa orando, suspirando y regando de lágrimas el pavimento.

Dejémosle que ore, y entremos en el palacio Arzobispal. En modesta habitación, yace sobre humilde lecho esperando con dulce sonrisa la hora de la muerte, un venerable anciano, cuyo moreno y aguileño rostro lleno de varonil belleza, y sus ojos azules claros expresan tiernísimo sentimiento de bondad y de amor. Ese es el Arzobispo de Valencia, el padre cariñoso de todos, y en especial de los infelices, el ángel tutelar por cuya vida ora la ciudad entera.

El moribundo Arzobispo, que profesa y practica la máxima de que nada puede poseer sino para los pobres, ha dado orden de que se reparta entre ellos cuanto tiene antes de su muerte; para morir tranquilo imitando a Jesucristo que espiró pobre y desnudo en el Calvario. Los familiares de Palacio iban por toda la ciudad con esportones repartiendo dinero a los pobres. El Arzobispo no quedó satisfecho hasta que supo que nada le restaba que dar: al recibir esta noticia, exclamó:

— ¡Oh señores, así os alegre y consuele Nuestro Señor, como me habéis alegrado y consolado con esa palabra!

Y alzando los ojos a la imagen de Jesús crucificado, puesta a los pies de su lecho, le vieron todos dar gracias a Dios con ardientes lágrimas porque le concedía morir pobre, favor que había pedido toda su vida. ¡Sublime poesía de la virtud cristiana!

Un familiar se presentó anunciando que el carcelero de S. Ilma. pedía con mucha instancia licencia para hablar con él.

— Decidle que pase — respondió el Arzobispo. El anciano a quien hemos visto orar con tanto fervor en la Iglesia de Santo Tomás, entró en la habitación temblando y lloroso, y arrodillado junto al lecho, estampó ardiente beso en la mano que cariñosamente le extendió el enfermo.

— ¿Que queréis, hijo mío? — dijo éste con ternura. El anciano, sin contestar continuaba besando la mano del Arzobispo.

— ¡Ah! ¡qué desgracia! — dijo entonces el familiar que le había introducido — este pobre no estaba en Palacio cuando se ha repartido dinero entre los criados. Querrá una limosna y ya no hay absolutamente nada.

Honda emoción privaba al pobre anciano del uso de la palabra. El Arzobispo, al oír las últimas del familiar, volvió a derramar lágrimas, y alzó de nuevo los ojos al Crucifijo. De pronto, como por repentina inspiración, se animó su semblante y dijo:

— Alzaos, hijo mío: ya he hallado una cosa que daros: no me ha quedado en el mundo más que esta cama en que voy a morir: el Señor me ha hecho merced que me acordase ahora: yo os la doy de muy buena voluntad, y sean todos estos señores testigos de que es vuestra desde este punto.

Luego añadió:

— Hermano: sólo os ruego me hagáis caridad y limosna de dejarme acabar la vida en ella.

Y vuelto a la imagen del Crucifijo, tornó a llorar diciendo:

— Bendito seáis para siempre jamás, Redentor mío, que como Vos no tuvisteis cama para morir, sino esa cruz, me hacéis merced que acabe yo mi vida en cama ajena y prestada.

Nuevas lágrimas bañaron los ojos del pobre carcelero al ver tal rasgo de caridad, y agradeciendo con tiernos ademanes la limosna, dijo por fin:

— ¡Oh! gracias, señor, gracias!... Mas yo no vine a eso... yo...

— Hablad, hijo mío.

— Yo quisiera hablar con vos...

— ¡Despedad! dijo el enfermo, y el carcelero y él quedaron solos.

— ¿Me conocéis? — preguntó el primero.

— Sí, hermano, sois el carcelero que admití ha pocos días.

— ¿Y no me conocíais antes de ser vuestro carcelero?

— No recuerdo, hijo mío.

— ¡Oh! sí... estoy muy desfigurado... Hace ya muchos años, y además yo he padecido mucho...

— ¡Pobre hijo mío, consoláos, no lloréis!...

— ¡Sí; mucho he padecido, mucho... Bien lo merecían mis pecados.

— Hermano, Dios es rico en misericordias, confiad en Él.

— Confío, señor... y quisiera... confesarme con vos.

— ¡Hablad, hablad, hijo mío!... ¡Oh! ¡cuánto me alegro de poder dedicar los últimos instantes de mi vida a esta obra de caridad!

Y con dulcísimo ademán echó los brazos al cuello del infeliz y juntó con las de él sus lágrimas paternales.

Largo rato hablaron el Arzobispo y su carcelero, y éste salió al fin de la habitación, llorando sí, pero con lágrimas de satisfacción y de esperanza.

Ahora soy feliz — decía interiormente. — Soy feliz por primera vez en mi vida. ¡Gracias, Dios mío!

Uno de los familiares de Palacio se acercó a él, diciéndole:

— Hermano: envidio vuestra suerte en poseer la cama del Arzobispo: ¿queréis vendérmela?

— Perdonad: quiero guardarla toda mi vida.

— Vendedme a lo menos la manta.

— Tomadla vos.

— No, hermano; aceptad siquiera esta corta retribución, — dijo el familiar poniendo en la mano del carcelero un paquete de dinero, que por fin recibió el anciano después de rehusarlo varias veces.

El carcelero salió con el alma llena de inefable regocijo y se encaminó de nuevo a la iglesia para dar gracias a Dios y pedir la salud del Arzobispo. Ocurriósele al día siguiente de mañana mirar el paquete que le había entregado el familiar, y ¡cuál no fué su sorpresa al ver que todas las monedas eran de oro! Voló inmediatamente en busca de aquél, el cual no quedó menos admirado que el anciano, viendo lo que sucedía:

— Hermano — dijo el familiar — id con Dios y bendecidle en su siervo el difunto Arzobispo, que yo estoy segurísimo de haberos dado cobre.

La palabra *difunto* cayó como un rayo en el corazón del pobre carcelero. Antes que quisiera preguntar, las campanas de la Catedral lanzaron al viento una nota tristísima, y luego otras, a que respon-



dieron en seguida todas las campanas de la ciudad y monasterios inmediatos: innumerable multitud de todas clases, sexos, edades y condiciones corría llorando é invadía el Palacio Arzobispal; gritaban los pobres y los niños, y la funesta nueva corrió en un momento como el relámpago toda la ciudad, llevando por todas partes la desolación y el llanto. Valencia era un cementerio en día de difuntos.

— ¡El Arzobispo ha muerto!...

Con sólo ese clamor se significaba la mayor desgracia que podía haber caído sobre la desventurada ciudad.

— ¡Ha muerto — dijo el familiar — haciendo en su último instante otra obra de caridad, multiplicando el dinero en manos del pobre!... ¡Santo Arzobispo, ruega por nosotros!...

## XIII

## HISTORIAS ATRASADAS

Aunque el secreto de la confesión, como tan sagrado, hunde bajo la tierra cuanto al confesor se comunica, como los novelistas tenemos ojos de zafiro y narices de perro perdiguero, llevamos como quien dice en el bolsillo las llaves de la antigüedad, de la cual podemos hacer á nuestro gusto mangas y capirotos. Gracias á esta facultad, puedo yo contarte ahora, lo que el carcelero reveló al Arzobispo, como si yo mismo fuera quien lo hubiera comunicado.

Tú recordarás de una buena pieza hacia quien más de una vez habrás sentido repugnancia en este cuentecito: dicha buena pieza se llamaba Daniel, y el pueblo de Villanueva de los Infantes le conocía con el sobrenombre de *el usurero*.

¡Hola! — dirás tú: — ya caí en la cuenta: ese es quien se confesó con el Arzobispo...

— Veo — te contesto yo — que no estás muy fuercecillo en cronología; pero ten un poquito de paciencia y deja á los sucesos venir por su orden natural. Adelante.

La extraña y misteriosa vida de Daniel llamaba cada vez más la atención de los vecinos de Villanueva de los Infantes. Los sucesos que ocasionaron la muerte de Antón y su esposa, habían aumentado el horror con que, ya de antes por otros parecidos, oían todos el nombre del usurero; y junto con esto, los rumorillos que al principio sólo fueron leves cuchicheos de viejas desocupadas, pasando de la perspicacia de Casilda á mil oídos como el de Juana, iban creciendo, creciendo, ensanchándose y tomando cuerpo, como los círculos que produce una piedrecita arrojada en una laguna. Por conducto de la vieja criada, que alguna que otra vez se permitía el lujo de cotorrear con tal cual otra momia como ella y desollar la fama de las demás vecinas, llegaron estos rumores á los oídos de Daniel, el cual viendo que la cosa se ponía fea, desapareció una noche del pueblo con José, dejando por única memoria los huesos de la quintañona en el cementerio. José era á la sazón un mozalvete de diez y nueve años, seco y langaruto como espiga de centeno. Todas sus malas inclinaciones de niño se habían en él desarrollado; pero entre todas, era su pasión dominante una soberbia desmedida y satánica. Las riquezas de su padre le daban cierta superioridad sobre los demás jóvenes, y á esta superioridad de la fortuna, quería él añadir la de la sangre, según las costumbres de aquella época en que tanto se estimaba tener ilustres abuelos y llamarse hidalgo. Nunca cesaba de ponderar la nobleza de su alcurnia, por más que él mismo no pudiera designarla, pues nunca pudo arrancar sobre este punto una palabra á su misterioso padre. Siempre tenía en los labios para los demás el desdenoso calificativo de *villanos*, con que entonces se designaba á los que habían nacido de linaje humilde.

La salida de Villanueva pareció á José uno de tantos misterios como él mismo no podía comprender en la vida de su padre. Pronto, sin embargo, lo había de saber. Daniel, huyendo de un peligro, caminaba derecho á su perdición. Agregróseles en el camino un caballero toledano, que después de mirar atentamente al padre de José, se atrevió á preguntarle si había estado alguna vez en Toledo. Daniel oyó esta pregunta con visible sobresalto; el caballero disimuló, y pidiéndole mil perdones tranquilizó al usurero. José quedó como quien vé visiones.

Llegados ya al caer el sol á un pueblo en que determinaron pasar la noche, entraron en una posada, y Daniel se encerró en una habitación á la que hizo trasladar dos baúles que no quería dejar á merced de la dudosa conciencia de posaderos, mozos de mulas y maritornes. El caballero, después de hablar al oído á uno de sus criados, cambió alegres abrazos y apretones de manos con otros dos caballeros amigos suyos, con los cuales trabó animada conversación, no sin dirigir algunas miradas de soslayo á Daniel y á su hijo.

— El mismo es, sin duda — decían recatadamente los tres.

José embozado en su capa, se paseaba observándolos en silencio. Los tres caballeros se encerraron en otra habitación, y entre brindis y carcajadas, empezaron una partida de juego. José los siguió y se puso á escuchar á la puerta, que estaba entreabierta. La venida de una criada con algunas botellas desconcertó su plan, y para disimular entró en la habitación.

— Caballeros — dijo desembozándose y reprimiendo su ira — supongo no tendrán á menos que éntre á la parte otro caballero tan noble por lo menos como el primero de vuestras mercedes.

Al pronunciar las últimas palabras, temblaba su voz y chispeaban sus ojos. Su compañero de viaje, á cuya espalda estaba, le miró por encima del hombro, se atusó los bigotes, volvió á mirar á sus dos amigos, y los tres rompieron á una en carcajadas.

— ¡Villanos! — exclamó José ya ardiendo de cólera, y empleando su calificativo habitual — ¡vive Dios que os lo haga confesar en el campo uno por uno ó juntos los tres!

Otra carcajada más fuerte que puso á José fuera de sí, respondió á sus palabras. El hijo del usurero, con el rostro encendido como la grana y lanzando fuego por los ojos, continuó:

(Se continuará.)

## EL MÁRTIR DE UN SECRETO

histórico

POR RAUL DE NAVERY

(Continuación.)

Los juntó á todos una noche, les expuso su situación, y acabó diciéndoles:

— El patrimonio de mi padre está vendido... Nos queda solamente el techo bajo el cual ha muerto... sois mis hijos, mis amigos, mis hermanos, partid conmigo el pan de mi pobreza... He cedido á traficantes mis pobres prados y mis campos; en la primavera buscaréis otra colocación; mientras que en las Tierras Bajas haya pan para mí, lo habrá para vosotros. No nos quejemos, amigos míos... busquemos primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se nos dará por añadidura.

¿Lo demás de qué se compone? lo ignoro.

La palabra divina del Salvador no lo ha definido. Muchos de aquellos que se quedan con los ojos fijos en la tierra, comprenderán que lo que se promete en añadidura es la fertilidad de la tierra y la abundancia en los graneros... yo no lo creo... El sentido de la palabra evangélica es más profundo y mucho mayor... Lo que se promete es la felicidad, recompensa de la justicia, que debemos observar en este mundo... Este mundo es un valle de lágrimas... ¡bienaventurados los que tienen hambre y sed! ¡bienaventurados los mansos! En el dolor, la bendición consuela más que la queja, y las palabras del *Pater Noster*: ¡hágase vuestra voluntad! dan al alma más fuerza, á pesar de su apariencia de abandono, que todos los vanos llamamientos á una pretendida equidad con la cual los ciegos querrían regir á su capricho las leyes...

Pobre entre vosotros todos, os suplico que no carezcáis de valor... La energía debe encerrarse en esta casa desolada. Vosotros trabajabais en mi campo, sed mis auxiliares, ayudadme en mi tarea y probadme vuestro cariño interesándoos por aquellos que son aún más desgraciados que vosotros.

¡Los pobres servidores lloraban!

Cuando concluyó el sacerdote, se arrodillaron rogándole que los bendijera.

Desde la muerte de Dunstan, no se sentía sino veneración por Fritz-Roy. La mancha roja que marcaba su sotana en el pecho lo había convertido en mártir; este supremo dolor soportado con un valor sobrehumano, lo había alzado á los ojos de todos los hombres de la parroquia. La sangre de su hermano lo hacía doblemente sagrado. La autoridad de su palabra era sin réplica, cuando animaba á sufrir, el cuya prueba era tan dura; se sentía uno convencido escuchando aquella voz en que las lágrimas vibraban muy á menudo.

Fritz-Roy, desde el día en que el hambre empezó con más rigor, no tuvo ni sueño ni reposo. A toda hora se le encontraba en los caminos, se le veía entrar en las casas, escondiendo los socorros que llevaba en su sotana, sentándose á la cabecera de los enfermos, cuidándolos, calmándolos, consolándolos, derramando la unción santa del catolicismo en corazones algunas veces ulcerados, atrayendo á sus brazos y sobre sus rodillas los niños, haciéndoles repetir las enseñanzas de la fe. No se podía pensar en que los niños fuesen á la iglesia. Se quedaban

acurrucados en la paja sin calzado, sin harapos. Cuando el cura visitaba una casa, entraba en otra. Era menester ayudar á morir á un anciano, velar á un cadáver. La choza no tenía fuego. Se oían las sordas lamentaciones de los padres recitando largas melopeas, especie de cantos poéticos improvisados. Durante este tiempo, Ana rezaba por sus dos hijos, por Dunstan que había muerto, por Fritz-Roy que llevaba el peso del día.

El sacerdote, cuando entraba, la encontraba á cualquier ora que fuese, de pie, pronta á servirle con una gran ternura. Esperaba su vuelta para atizar el fuego, para que secara sus vestidos mojados por la lluvia y cubiertos de nieve.

Una noche cogió el cura las manos de su madre entre las suyas, y mirándola con un profundo cariño, le dijo:

— Es menester hacer un nuevo sacrificio.

— Habla, respondió Ana, estoy dispuesta.

— ¿A todo?

— Sí, á todo...

— Sin embargo titubeo todavía, respondió él.

— ¿Quieres vender la casa? exclamó la madre poniéndose en pie, y muy conmovida.

— No quiero nada, madre, ¿lo entiendes? ¡Ah! no te equivoques en el sentido de mis palabras... Soy un hijo obediente y te quiero con todo mi corazón... Soy un viajero y puedo echar fuera el polvo que se adhiere á mis pies... el divino Maestro sabe que no tengo ningún afecto por ninguna cosa de este mundo... Poseo un bastón de Pastor, y una sola túnica que ha manchado la sangre... ¡No necesito nada, no necesitaré nunca nada para mí! ¡mientras que mis hijos, mis feligreses, aquellos por los que Dios me grita de dar la sangre de mis venas, les falte el pan cotidiano!

— ¡Ay! dijo Ana, ¿no vas á faltar ya de él?

— ¡Me quedará la Eucaristía! respondió Fritz-Roy con la confianza que obra los milagros.

— ¡Vende la casa! respondió Ana, oh, mi santo hijo, haz lo que quieras de estas piedras y de este barro. Cuando hablas como los apóstoles, ¿puedo yo dejar de obrar como cristiana? Además, mi pobre hijo, no te hagas ilusión, siento que esta tierra tiembla bajo mis pies, y que desde arriba los brazos se extienden hacia mí... Eres hombre, eres sacerdote, has soportado tu dolor... Yo soy mujer y soy madre, este dolor me mata...

Fritz-Roy tomó á su madre en sus brazos, desfallecida.

En el mismo momento llamaron violentamente á la puerta, y Brandon introdujo á Ryan. Parecía temeroso y avergonzado, y se arrastró más bien que otra cosa en la habitación.

Viendo al sacerdote inclinado sobre la cama á la que acababa de llevar á Ana moribunda, esta cama en la que había dado su último suspiro Jacobo, quiso retirarse.

Ana lo observó.

— ¿Este es el hombre, preguntó su hijo, sabes?

Ana no podía evitar el sentir una gran repulsión por el cómplice de Hugo.

La suave mirada de su hijo le dirigió una muda reprensión.

Ana quiso reparar al momento su falta.

— Acérquese usted, Ryan, dijo ella.

El desgraciado se acercó temblando y sin levantar los ojos.

— ¿Venís para comprar la casa?

— Es decir, replicó Ryan, no hay nada concluido... Cuando pienso que el señor cura necesita dinero para sus pobres, me permito algunas veces ofrecérselo, mediando un pedacito de prado... La miseria es grande en el país, y viendo la bondad del señor cura he creído...

— Mi hijo tratará con usted delante de mí... No temas causarme una emoción peligrosa, querido hijo. El Señor es bueno para los débiles, y cuando yo deje la casa donde he vivido feliz con el pobre Jacobo, y donde yo colocaba tu cuna y la de tu hermano, es que mi sitio está señalado en otra parte.

Fritz-Roy quiso despedir á Ryan.

— Te lo suplico, dijo Ana insistiendo; este será mi último sacrificio.

Las condiciones de la venta fueron estipuladas.

El sacerdote acompañó á Ryan hasta la puerta. — Señor cura, dijo éste, mañana tendréis el dinero... Pero vuestra santa madre está bien mala, y nadie entrará en la casa mientras que ella tenga un soplo de vida. Y ojalá que Dios os la conserve mucho tiempo.

— Ryan, dijo el sacerdote alargando su mano al desgraciado, ¿lo que hacéis está bien?

— ¡Ah! si el hambre no hubiera matado á mis hijos y á mi mujer, murmuró el infeliz

— ¿Honráis su querida memoria, Ryan, y lleváis la vida de un hombre de bien?

— No me excuso... ¡Soy un miserable bebedor



de Ginebra! ¡No quiero pensar en mis hijos y en mi mujer... cuando estoy ebrio, olvido!

Se separó bruscamente del cura y desapareció corriendo.

Ana lo sabía muy bien; no le quedaban muchos días de vida. Sus fuerzas declinaban sensiblemente. Espiraba sin tener enfermedad conocida; la causa y los efectos no podían ser definidos por la medicina; moría la pobre madre porque su hijo había muerto...

En el alma de Fritz-Roy fué donde depositó su última confesión; la mano de su hijo le dió la suprema absolución; sus labios fueron los últimos que besaron su frente.

Sin embargo, dos personas se unieron al sacerdote en estos últimos días de agonía y de lágrimas. Cuando supieron que Ana estaba tan mala, Isabel y Margarita fueron corriendo á las Tierras Bajas. Mientras que el cura desempeñaba en el pueblo los deberes de su santo ministerio, las dos mujeres cuidaban á Ana, ó más bien la contemplaban, rezaban con ella, y como ella, hablaban de Dunstan.

— Usted le dirá, murmuraba Margarita con voz apagada, usted le dirá que le amo siempre.

Y corrían las lágrimas de la joven regando el rostro de aquella á quien debía haber dado el nombre de madre.

Margarita estaba casi tan pálida como la moribunda. Como Ana, ella llevaba siempre luto por Dunstan. Cuando volvía el sacerdote, encontraba á Isabel y á su nieta cerca de la cama que sus deberes le obligaban á abandonar. Entonces les hablaba á las tres, y estas pobres desoladas sentían que la paz bajaba á ellas. Al fin de la tercer noche de vela, cuando se levantaba en el cielo un alba brumosa, Ana se levantó un poco, extendió sus brazos á Isabel, después á Margarita, y exclamó:

— Fritz-Roy, acerca el Crucifijo á mis labios, hijo mío, me muero...

— ¡Alma cristiana, sube al cielo! respondió el sacerdote. Y el hijo cayó sollozando, con la frente puesta sobre la mano que se helaba al acercarse la muerte. Los funerales de Ana fueron seguidos religiosamente por todas las buenas gentes del pueblo.

Se colocó el cuerpo de la madre junto al sepulcro del hijo, y la misma cruz amparó los dos féretros. Fritz-Roy salió al día siguiente de la casa de las Tierras Bajas.

La casa del cura tenía sus enfermos en la sala baja, y el sacerdote se contentó con una especie de granero, al cual se transportaron los muebles que habían pertenecido á Jacobo y á su madre.

Cuando salió del cortijo, le pareció que acababa de dar un gran paso para acercarse al cielo. Había sacrificado á los pobres todo lo que Dios le había dado de bienes terrestres. Después de haber distribuido todo, no teniendo por vestido más que una sotana raída por el uso, sin provisiones ni para sus enfermos ni para él, hizo lo que veía hacer: pidió. Fritz-Roy no tenía vergüenza de mendigar para los huéspedes de su caridad. Se aumentaba su heroísmo con las circunstancias.

El debía estar á la altura de todos los sacrificios.

Un día entró en un gran cortijo, en el que estaba seguro de ser bien acogido. El amo era un buen hombre; su mujer era muy caritativa, y aun antes que el sacerdote dijese el motivo de su visita, no dejaba ella de decir:

— Señor cura, Peggy está ahí para atestiguarlo: hace poco le reprendía porque no hubiera llevado á vuestra casa este pan de avena y estas patatas con este pedazo de tocino.

El cura se sonreía con indulgencia, viendo la cara asustada de Peggy, á quien se tomaba como testigo de esta imaginaria reprensión; pero se sentía profundamente enternecido por la delicadeza de la buena criatura.

Y bien, mientras que Maud repetía una mentira usual y de la cual sin duda Dios no le tomará cuenta, penetró en la casa Hugo Peacock.

Maud le dijo buenos días con bastante sequedad.

Peggy levantaba el saco de patatas, y poniendo el pan debajo de su brazo, iba á tomar el camino de casa del cura cuando el usurero dijo á Fritz-Roy, que no lo veía por estar ocupado en consolar al último niño de Maud que lloraba:

— ¿Hacéis una colecta para vuestros pobres?

Al sonido de esta voz, el sacerdote se estremeció. Acababa de reconocer al asesino de Dunstan.

— Maud ha sido caritativo con ellos, respondió con esfuerzo.

— Esto no me impedirá el ofreceros mi ofrenda, replicó Hugo Peacock.

— No sufrirán hoy, dijo el cura; gracias por vuestra intención.

— ¿Rehusáis mi limosna? preguntó Hugo con voz sorda; pensad en lo que haríais... si diérais á entender que mi dinero no vale tanto como el de esta mujer.

— Está manchado de lágrimas, respondió el cura.

Hugo sacó dos chelines de su faldriquera y se los alargó al sacerdote.

Este titubeó, abrió la mano y por la segunda vez tocó los dedos del asesino.

Maud estaba sorprendido de la generosidad del usurero.

— ¿Estáis enfermo, Hugo? le preguntó.

— Vamos, las mujeres, aun las mejores, hablan demasiado, refunfuñó Hugo; si usted se espanta, aun las verá mayores antes de un mes.

Peggy se fué delante, y el cura la siguió. Cuando estuvo en el camino, tuvo la tentación de tirar el dinero del asesino.

— Pertenecen á los pobres, pensó.

Y lo guardó.

## XIV

## ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

El alma de Fritz-Roy necesitó toda su fuerza para soportar el nuevo golpe que Dios quiso mandarla.

Estaba solo, para toda su vida solo.

Su hermano había muerto asesinado.

Su madre acababa de sucumbir al dolor.

Ya no tenía para estrechar contra su corazón más que la imagen del Crucificado. No podía comunicar á nadie los pensamientos que se agolpaban á su imaginación desolada. Las pobres gentes que lo rodeaban lo compadecían sin comprenderlo. Fritz-Roy acababa de entrar en un nuevo período de su vida.

El desinterés de que había dado prueba hasta ahora no era ya suficiente. Era de aquellos que llegan á la cima de la montaña gloriosa, coronados con el más rudo de los martirios, aquel que dura la mitad de un siglo. Y como si la soledad no hubiera pesado bastante sobre él; como si la muerte de Dunstan y la pérdida de su madre fuera demasiado poco para

su valor, sufría una prueba más ruda todavía, la de ver libre al asesino de su hermano, la de conocer al asesino y no poder marcarlo en la frente como Caín.

Jamás ha sido más terrible para un sacerdote el secreto de la confesión.

Jamás la angustia ha llenado hasta el borde el corazón de uno de esos confidentes misteriosos que Dios da á la debilidad humana. Cada vez que el sacerdote veía á Hugo, parecía que su corazón quería salir del pecho; bajaba los párpados con el temor que su mirada dejase traslucir el sentimiento involuntario que se despertaba en él al aspecto del miserable. Sin embargo, no sentía odio; Fritz-Roy era uno de esos hombres fuertes y dulces como Moisés, el más dulce de los hombres, dice la Escritura; pero tenía grandes y legítimas cóleras contra los opresores de su pueblo, los cobardes pastores, los tiranos y los adoradores del becerro de oro.

Fritz-Roy ejercía en su pobre pueblo del Ulster, más que un sacerdocio, un apostolado.

Con su pueblo padecía frío y hambre.

No pudiendo hacer nada para aliviar su miseria, quería al menos resistirla.

Job y Lázaro vivían en su casa, y mientras dormían los cuatro ancianos, el sacerdote, encerrado en su granero, sin fuego, leía una página fortificadora del Evangelio ó se absorbía en el sentimiento de lo que él nombraba la miseria de su corazón. Pedía á Dios el olvido del crimen que le había privado de su hermano; renovaba la provisión de fuerza; rogaba por la salvación del miserable Hugo; y hasta que su alma se hubiese calmado, que hubiese como Jesús, rogado por sus enemigos, y que el rocío del cielo hubiese descendido á su alma, se quedaba arrodillado, honrando á Dios desde el seno de su debilidad, y glorificándole desde el fondo de su enfermedad.

La veneración que inspiraba el santo sacerdote se extendía más allá de los límites de la parroquia. Había recibido un *don*, sin duda en recompensa de las duras y excepcionales pruebas que sufría. Atraía de un modo invencible. Lo que al principio fué una consolación sencilla, se cambió en vocación. Comprendió que el Señor le llevaba por un camino áspero para allanar el camino á los débiles. Si los niños lo querían y corrían alegremente á su encuentro, no se sentía impulsado, sin embargo, á instruirlos. Su fuerza moral se imponía á los culpables, á los grandes pecadores. Con una mirada leía un alma. Su palabra, llena de firmeza y de dulzura, excitaba á la confianza. Antes que hubiera dicho: ¡Hablad! todo se había confesado. Con raros intervalos, algunos hombres han poseído este don maravilloso: Vicente de Paul, Francisco de Paula, el cura de Ars.

Los criminales se sienten atraídos hacia ellos por ese poder que los cristianos llaman la gracia, y que ninguna palabra de la lengua profana puede explicarla de un modo tan absoluto como ésta. De todo el Ulster venían al confesonario de Fritz-Roy. La misión de este mártir del silencio era de reconciliar el hijo pródigo con su padre, y de acercar la tierra al cielo. Muchas veces pasaba los días enteros en la pequeña iglesia escuchando la relación de faltas acumuladas, viendo desenvolverse los más lúgubres é infames cuadros. No demostraba ni desprecio, ni espanto. Animaba, consolaba. Lo que el hombre humillado no se atrevía á decir completamente, el sacerdote lo acababa.

(Se continuará.)

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España  
calle del Príncipe, 27, Madrid.

## ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS  
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

## SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.

Oficinas: Calle del Príncipe, 27, principal

Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, 4

### PARA EL CULTO DIVINO

Atriles. Ciriales. Diademas. Navetas.  
Candeleros. Coronas. Incensarios. Sacras.  
Campanillas. Cruces. Lámparas. Vinageras.  
Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel García, Atocha, 45 y 47, Madrid.

## AL PÚBLICO

Se acaba de recibir un gran surtido de sillones, sofás, banquetas de piano y recibimiento en el Bazar de sillería de madera encurvada de THONET, hermanos, Plaza del Angel, núm. 10, Madrid.

### NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior á todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos, es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneira, los tres Luises, de Leon, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º.



## LA VERDAD

VENTA DE CAMAS A PLAZOS

Pagos semanales desde

UNA PESETA

62 — Jacometrezo — 62

## COMPAÑÍA COLONIAL

Roma 1868

MEDALLA



DE ORO.

CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.

Sucursal. Calle de la Montera, núm. 8.



## REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

**Esmaltado de hierro.**—La importancia que han adquirido los esmaltes en hierro, nos mueve á publicar este artículo, cuyos datos se hallan tomados de la acreditada Revista extranjera *La Nature*.

Varían los procedimientos seguidos, según las fábricas; pero dando buenos resultados el que se sigue en Inglaterra, describiremos éste.

Todos los utensilios y objetos de hierro que se destinan al esmalte se conservan en un sitio seco, de modo que no se oxiden, y desde aquí se les lleva al taller de limpieza. Esta se hace por medio del ácido sulfúrico diluido y arena. Los objetos se lavan en seguida con agua caliente, y luego se enjugan y se secan con un lienzo. En este estado se hallan en disposición de recibir una primera capa preparatoria.

Esta capa se prepara del modo siguiente: Se mezclan juntamente 50 partes de cuarzo finamente pulverizado y perfectamente seco, con 24,5 de bórax y 7,5 de esparto fluor en polvo, para que resulte en todo 80 partes. Esta mezcla se calcina en un crisol y produce 69 partes de un residuo que se recoge y se somete á la pulverización. De estas 69 partes, se mezclan 32 en seco con 13 á 25 de cuarzo (lo general 25), 8 á 13 de arcilla (lo general 8), y 1 de bórax. Esta segunda mixtura se reduce á pasta húmeda por medio de la molienda, durante cuya operación se añaden 5 partes de arcilla y 1  $\frac{1}{2}$  ó 1  $\frac{1}{4}$  de bórax. Se añade agua hasta que la pasta tenga la consistencia apetecida.

Con esta pasta se dan á los objetos de hierro una primera capa y se deja secar, llevándolos secos á un horno de mufla. Después de la acción del fuego, resulta la capa adherente y no puede separarse por la acción de la uña.

Una vez enfriados los objetos, reciben una segunda capa ó esmalte. Para preparar ésta, se mezcla en seco 5 partes de esparto fluor finamente pulverizado, 2 de óxido de zinc, 9  $\frac{1}{2}$  de óxido de estaño, 1  $\frac{1}{2}$  de huesos en polvo y 0,06 á 0,10 de azul de cobalto. La adición de este último tiene por objeto el enmascarar el tono amarillo, resultando con el tono azulado el esmalte.

La preparación de esta mezcla se hace en las fábricas como un secreto, y se hace con gran reserva. También se añade á la mezcla 32 partes de feldespato en polvo, 19 á 19  $\frac{1}{2}$  de bórax, 61  $\frac{1}{2}$  de sosa y 2  $\frac{1}{2}$  á 3 de nitrato. Todo se funde en un crisol, al cual se le rompe el fondo para que la masa en fusión caiga en un recipiente colocado debajo del hornillo. Después del enfriamiento se reduce á pedazos, los cuales se limpian y se someten á la pulverización. De esta materia se toman 60 partes, y bien pulverizada en estado húmedo, se la mezcla poco á poco arcilla desleída en agua y una corta cantidad de óxido de zinc. Se añade también agua para que la preparación adquiera la consistencia conveniente. Por fin, se da la segunda capa á los objetos, los cuales se calientan hasta la fusión del esmalte.

El esmalte no debe tener ampollas ni rayas, y por eso se examinan los objetos y se separan aquellos que han resultado defectuosos. A éstos se les da



PEDRO PABLO RUBENS

Célebre pintor del siglo XVII.

una capa de brea, y si los defectos son graves se quitan las partes defectuosas con un martillo fino y se someten á un nuevo esmaltado.

El procedimiento que se acaba de describir, que consiste en fundir el esmalte en los crisoles, se emplea en la mayor parte de las fábricas.

El combustible de que se sirven es el cok; pero empieza á sustituirse en ciertas fábricas por la hulla ó el lignito, y los crisoles por recipientes de fundición ó de hierro.

**Nueva pólvora.**—Se ha ideado en Alemania la composición de una pólvora que, según los inventores Himley y Palkenstein, desarrolla gran fuerza explosiva, y su manejo al aire libre no ofrece peligro alguno, porque arde en combustión lenta. Las principales ventajas son poner una energía explosiva, doble de la de la pólvora ordinaria, la cual puede aumentarse ó disminuirse cambiando la proporción en que entra el asfalto ó la parafina, que forman parte de sus componentes; dejar residuos insignificantes y que fácilmente se separan de los tubos metálicos de las armas de fuego; imposibilidad de explosión al aire libre, y ser aplicable indistintamente en trabajos de minería, guerra y en muchas industrias.

Esta pólvora se compone de nitrato de potasa,

clorato de potasa y un cuerpo sólido de la naturaleza química de la parafina ó el asfalto; cuyas sustancias finamente pulverizadas se mezclan en proporciones variables, según el objeto á que se destine la pólvora, y se tratan por un hidrocarburo líquido que obra como disolvente del asfalto, de la parafina ó del cuerpo análogo que se haya empleado. Se reduce la masa así preparada á placas, haciéndole pasar entre rodillos, y luego se deja endurecer mediante la evaporación del hidrocarburo líquido que se empleó como disolvente, terminando luego la preparación, fraccionando la mezcla en granos poliédricos ó esféricos, que es la pólvora de que se trata. Todas estas operaciones requieren una multitud de cuidados que no es posible detallar en esta breve noticia del invento.

**Preservación de la oxidación del hierro.**—

G. Bower emplea el aire y el óxido de carbono á alta temperatura. El profesor Barff emplea el vapor de agua al rojo á fin de que se descomponga y se forme una película sobre el hierro de óxido magnético, que es lo que se forma también por el procedimiento de G. Bower. Este ha adquirido el privilegio de los dos procedimientos para combinarlos según las necesidades. Una sociedad parisiense que explota los privilegios Dodé, que consisten en cubrir el hierro de capas de plomo dorándolas, bronceándolas ó platinizándolas después, ha comprado los privilegios de Bower, y los explota igualmente en gran escala. En Bélgica se ha hecho aplicación del procedimiento Bower en la Dirección de Obras públicas, y se ha dado un informe muy favorable. Según M. Bower, el óxido magnético forma una especie de esmalte íntimamente confundido con el hierro de tal modo, que no se puede separar. Además presenta coloraciones en la superficie sumamente bellas. El inventor recomienda este procedimiento para las traviesas de los caminos de hierro, los conductos de agua y de gas y utensilios de cocina.



**PRIMER ANIVERSARIO**

LA SEÑORA

**DOÑA MARÍA DE LOS DOLORES TOLEDO**

Y LADRON DE GUEVARA

VIUDA QUE FUE DEL

**SR. D. JOSÉ MARÍA ASENSIO Y SANCHEZ**

falleció el día 22 de Mayo de 1882

**D. E. P. A.**

El Emmo. y Rmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla concedió 80 días de Indulgencia á todos los fieles que apliquen alguna oración por el alma de la difunta.

# LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO  
DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL  
PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

## Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid

Madrid, TIPOGRAFÍA GUTENBERG, calle de Villalar, núm. 5.